

BIBLIOTECA MUNDO HISPANO

MUJERES

DIFERENTES ETAPAS, DIFERENTES OPORTUNIDADES



EDITORIAL MUNDO HISPANO

© 2006

UNA MIRADA A LOS DESAFÍOS DE LA MUJER CRISTIANA DE HOY

DIFERENTES ETAPAS, DIFERENTES OPORTUNIDADES

*Copyright 1993, Casa Bautista de Publicaciones.
Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial.*

*Bertha Aquino de Domínguez
Sofía Alarcón de Garay
Beatriz Tomicich de Licatta
Elena Corrales de García
Eda Garnier de von Lers*

Contenido

1. La mujer recién casada
2. La madre con hijos pequeños
3. La madre con hijos adolescentes y jóvenes
4. El “nido vacío
5. La edad de plata

1. La mujer recién casada

Bertha Aquino de Domínguez

El Señor ha sido bondadoso conmigo; ha estado presente en todas las etapas que he vivido, me ha mostrado su amor y ha cumplido sus promesas en mi vida.

Antes de contarte algo en cuanto a mi experiencia propia sobre el tema, quiero compartir un poco sobre cómo llegué a vivir esta etapa en mi vida.

Vengo de una familia numerosa. Fuimos ocho hermanos, de los cuales yo soy la tercera. El evangelio llegó a nosotros cuando en el sector donde vivíamos se inició una obra bautista. Aun antes de esto, ya estábamos interesados en el evangelio, pero no asistíamos a ninguna iglesia. Nuestra vida cambió cuando llegó el testimonio bautista al barrio. Poco a poco, nuestra familia comenzó a relacionarse con ese grupo de creyentes. Así llegó el día en el cual mis hermanos y mi madre tomaron una decisión por el Señor. Antes de cumplir 15 años yo también recibí a Cristo como mi Salvador.

Desde esa edad de la adolescencia comencé a integrarme al trabajo de la Misión Bautista a la cual pertenecíamos. Como en toda obra que está comenzando, las necesidades eran muchas. Pero, gracias a esto, también fueron muchas las oportunidades para mí. Yo enseñaba, dirigía la música, predicaba, limpiaba el local y también abría y cerraba las puertas para los cultos y actividades.

Todo esto fue el campo propicio para que, también a la edad de 15 años, sintiera que Dios me estaba llamando para dedicar toda mi vida a su obra. No había nada que me brindara más gozo y satisfacción que esos trabajos, grandes o pequeños, que hacía para él. A pesar de toda la experiencia que recibí mediante esos trabajos, sabía que debía prepararme en un seminario para poder servirle mejor. Sin embargo, debí esperar mucho tiempo para que eso se concretara. El Señor fue preparando el camino y cuando tenía 24 años pude materializar mi deseo de prepararme yendo al Seminario de Educadoras Cristianas en Brasil. Después de más de cuatro años de estudio regresé a mi país, la República Dominicana, con la convicción de que Dios tenía un trabajo especial para mí.

Trabajé como misionera dos años en una provincia; después de este tiempo continué trabajando con la Convención Bautista, especialmente en el área de Educación Cristiana, y también colaborando en el Seminario Bautista y en el Templo Bautista Central.

Ya había pasado los 30 años de edad. Me encontraba plenamente integrada al trabajo misionero. A esta altura de mi vida, estaba convencida de que era feliz soltera. Al mismo tiempo, en el fondo de mi corazón sentía que también lo sería casada. En otras palabras, no me preocupaba mucho estar soltera o casada; lo más importante para mí era servir al Señor.

El matrimonio no me desvelaba, sabía que ya le había dedicado mi vida a Dios. Sin embargo, algunas veces oraba y le decía al Señor que mi vida estaba en sus manos, que le amaba y deseaba servirle siempre; que si el matrimonio iba a ser un obstáculo en el trabajo misionero, entonces no quería casarme. Pero en mi oración continuaba diciéndole al Señor que si era su voluntad unirme a una persona junto a la cual podría seguir sirviéndole y tener un hogar cristiano, alguien que me apoyara en el ministerio y que también le sirviera, entonces sí quería el matrimonio. Oraba por esto sin muchos afanes, convencida de que, fuera cual fuere mi situación, el Señor estaría conmigo y le serviría feliz. Sé también que muchos hermanos y familiares se preocupaban y oraban por mí en este sentido.

Una vez, estando en Brasil en casa de un pastor y su familia, la esposa de éste me contó una historia que encontré muy interesante. Me dijo que en su iglesia había una señorita muy consagrada al trabajo del Señor. Ya estaba en edad de casarse pero la muchacha decía que en su iglesia no había muchachos para ella. También decía que le sería muy difícil casarse porque ella no quería ir a las diferentes actividades juveniles para buscar algún joven que le interesara. Tampoco quería ir a otras iglesias con ese propósito. Por otro lado, también sería difícil que los jóvenes de otras iglesias vinieran a ésta en busca de alguna señorita.

Un día se convirtió un joven en uno de los cultos de esa iglesia. Se mostró muy interesado en aprender y pronto creció espiritualmente. Llegó a ser un joven muy consagrado. Poco después se enamoró de esta señorita y ella de él. Después de un tiempo de noviazgo, se casaron. Cuando los conocí formaban un matrimonio feliz, con un bebé precioso. Era un hogar cristiano que servía al Señor; un ejemplo para las parejas de la iglesia.

Cuando oí esta historia me impactó mucho todo lo que allí había pasado. Mi mente comenzó a correr pensando si no sería posible que me sucediera algo semejante. Pero después traté de descartarlo y no preocuparme más, tratando de convencerme a mí misma de que no sería fácil que esto se repitiera.

Años más tarde recordé esta historia porque ¡ahora estaba viviendo una situación semejante! En cierta oportunidad un joven llegó a la iglesia y se reconcilió con el Señor. Todos podíamos ver claramente la obra del Espíritu de Dios en su vida. Día a día se mostraba cada vez más interesado en todo lo

relacionado con la vida de la iglesia. Así fue creciendo rápidamente en el Señor. Yo lo observaba y, al mismo tiempo, oraba mucho a Dios para que en mi vida se cumpliera sólo su voluntad. Mi oración era algo así:

“No sé si esta es la persona que tú tienes para mí como futuro esposo y compañero en tu obra. Permíteme que sólo sea su amiga y así pueda observarlo y orar por esto durante todo un año.”

Así pasaron los meses y continuamos nuestra amistad. Cada vez más me convencía de que era la voluntad de Dios nuestra unión. Pasado casi un año decidimos comenzar una relación más especial y fuimos novios. El siguió creciendo en las cosas del Señor, y estaba convencido de que Dios le estaba llamando para un servicio especial en su obra. Después de casi un año de noviazgo no teníamos ninguna duda del camino que el Señor nos estaba mostrando y nos casamos. Ya hace un año que comenzamos esta etapa feliz de nuestra vida. Durante este tiempo hemos sentido que el Señor está con nosotros enseñándonos a establecer las bases para el nuevo hogar y ayudándonos en cada situación de nuestras vidas.

Creo que la base de una relación feliz es el amor. La Biblia dice: “Lo más importante es el amor”, y debemos constantemente evaluar nuestro amor comparándolo con las características dadas en 1 Cor. 13: 4-8:

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no es indecoroso, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser.”

Hace tiempo leí en un libro sobre una pregunta que le hizo un amigo a otro. Le dijo: “¿Amas a tu esposa?” El otro le respondió rápidamente: “Sí, la amo.” Luego el amigo le leyó de la Palabra de Dios estas características del amor, y después le preguntó de nuevo: “¿Amas a tu esposa?” Sin vacilar éste le respondió: “No la amo.” El verdadero amor pasa este examen.

Al llegar al matrimonio empezamos una nueva etapa de nuestra vida, y en esta relación matrimonial es importante que sepamos que Dios está primero en el orden de prioridades. Nos hemos unido a una persona y formamos “una sola carne”, pero Dios está primero. La Biblia dice:

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33).

Jesús nos habló del primer mandamiento cuando dijo:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento” (Mat. 22:37, 38).

Cuando nuestra relación con Dios es correcta, él nos da la orientación para saber cómo actuar en todas las situaciones de nuestra vida.

Cuando afirmamos que el primer lugar de nuestra vida le corresponde a Dios, comprendemos que esto implica que necesitamos pasar tiempo con él. De ahí la importancia de la oración, y la necesidad de pasar tiempo con Dios. La Biblia destaca esta verdad repetidas veces, como para que no nos quede ninguna duda. “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” (Ef. 6:18 a). “Orad sin cesar” (1 Tes. 5:17). La palabra de Dios nos insta a ser constantes en la oración. “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Col. 4: 2). Muchas veces caemos en el error de sustituir la relación con Dios por actividades en la obra del Señor.

La Palabra nos alerta sobre la importancia del tiempo con Dios. Alguien dijo que

“sólo cuando individualmente reconocemos que necesitamos que el SER que nos creó nos ayude a cumplir con nuestras responsabilidades, aspiraciones y deseos, es entonces cuando iniciamos la gran aventura de una vida de oración que va creciendo a medida que nos vamos ejercitando en ella”.

Siguiendo el orden de las prioridades, después de Dios está mi esposo. La Biblia habla del amor a Dios, el amor mutuo y el respeto.

“Someteos unos a otros en el temor de Dios. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella. Los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido” (Ef. 5:21, 25, 28, 33).

El papel de la mujer en el hogar es sumamente importante para que pueda marchar bien. La Biblia lo enfatiza de la siguiente manera: “La mujer sabia edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba” (Prov. 14: 1). Dios tiene un plan para cada miembro del matrimonio y es importante que los dos entendamos y desempeñemos nuestro papel en el hogar como Dios quiere. Muchos de los problemas que vemos en los matrimonios del día de hoy se deben a que los miembros de la pareja no están cumpliendo con ese sabio plan de Dios.

Recuerdo que cuando oraba sobre ese asunto de si me casaría o no, le pedía a Dios un hombre que le reconociera a él en primer lugar en su vida y que supiera que yo estaba después. Cuando Dios está primero es cuando tenemos la base correcta para todas las demás relaciones. Cuando Dios ocupa el primer lugar, las demás cosas encajan perfectamente en su lugar correcto.

Dios permite situaciones en nuestras vidas por medio de las cuales podemos entender de una forma más real su Palabra. Dentro de la experiencia del matrimonio podemos entender qué significa que dos son uno. La Biblia dice:

“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gén. 2:24).

Dios le dijo a Adán que le haría ayuda idónea, es decir, un ser semejante a él para que le ayudara. Cuando Adán vio a Eva por primera vez, su corazón saltó de alegría y declaró:

“esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mí carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada” (Gén. 2:23).

Sin duda que Eva era la criatura más bella que Adán había visto hasta ese momento y podía relacionarse con ella de una manera diferente a cualesquier otra. Esta unión era más que la unión sexual. Serían uno en lo físico, en lo social y en lo espiritual.

La Biblia nos enseña en diferentes ocasiones que para llegar a ser uno, debemos romper con ciertos vínculos establecidos con la familia y pasar a formar otro núcleo familiar propio. Dejar al padre y a la madre para unirse a la pareja y ser una sola carne no es solamente la separación física; tiene que ver con lo emocional y lo económico.

Vemos que esta enseñanza que encontramos en el Génesis de dejar padre y madre es reiterada por Jesús en Mat. 19: 5, cuando dijo:

“Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne.”

El Apóstol Pablo, hablando sobre el matrimonio, menciona este asunto de nuevo en Ef. 5:31 cuando dice:

“Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne.”

Cuando la Biblia habla de este tema, sabemos que está dejando claro el hecho de que es necesario dejar ciertas relaciones para comenzar otra nueva relación. Este “dejar” va mucho más allá de la separación física. Hay señoritas que,

aunque salen de su casa cuando se casan, siguen atadas al “cordón umbilical” de sus mamás. Ellas sienten que “tienen” que verlas todos los días, o hablarles por teléfono a cada rato, o preguntar a su mamá antes de tomar cualquier decisión. Por el otro lado, lamentablemente, hay algunas madres que se agradan con esta actitud, no “sueltan las amarras” de sus hijas y están más que felices cuando sus hijas les permiten seguir manejando sus vidas.

Por supuesto, también es verdad que, aunque estamos dejando padre y madre y formando nuestro nuevo hogar aparte, siempre necesitamos el apoyo, consejo y ayuda de nuestros padres. Y es un tesoro riquísimo el tener padres comprensivos y sabios en cuanto a saber cuál es el lugar de ellos respecto a la nueva familia.

Estoy segura de que yo estoy viviendo esta etapa de recién casada porque Dios lo ha concedido, porque ha sido su voluntad que formara un nuevo hogar cristiano. Sé que todos los comienzos son difíciles, y más cuando nos enfrentamos a cosas nuevas. Sé que en el matrimonio siempre estamos aprendiendo y que nunca acabamos de conocer a la otra persona. Pero cuando practicamos en nuestra vida diaria la verdad de que Dios es el primero, todas las cosas resultan para bien de nuestras vidas.

Sé que esta etapa es concedida en nuestras vidas para seguir sirviendo a Dios. Sé que fue su voluntad que nos uniéramos para formar un hogar que le sirva a él y sea un hogar cristiano ejemplar.

1. Algunas de las características comunes de la mujer en esta etapa

Es una mujer que está enfrentando muchos cambios en esta etapa de su vida.

Este es un cambio brusco de verse soltera en casa con sus padres y hermanos y de pronto verse diferente como esposa y ama de casa con todas las responsabilidades que esto conlleva.

Muchos dicen que el primer año en la vida de casados es el más difícil. Al principio de la vida como matrimonio se hace más necesario hacer muchos ajustes en el área física, emocional y espiritual. Son dos personas que están acostumbradas a hacer las cosas de cierta forma. A uno le gusta guardar su ropa de cierta forma y al otro, de otra. Uno está acostumbrado a desayunar tranquilo por las mañanas y el otro toma algo parado mientras sale corriendo a su trabajo. A uno le gusta quedarse leyendo hasta tarde en la noche, y el otro prefiere dormir temprano y levantarse temprano. ¡Ajustes; ¡Ajustes! ¡Ajustes!

Un matrimonio feliz requiere de un buen inicio. Mucho tienen que ver las bases que se coloquen en la relación inicial de la pareja. Las pequeñas cosas

desagradables en diferentes áreas de la vida matrimonial no comprendidas, aceptadas o resueltas impiden la base firme del matrimonio feliz ajustado y maduro que Dios quiere en nuestras vidas. Sin embargo, hay algo que estoy descubriendo a medida que pasa el tiempo: aparentemente estos ajustes no terminan sino que continúan durante toda la vida matrimonial.

La mujer cristiana tiene el deseo y la voluntad de desempeñar bien su papel en cada etapa de la vida que Dios le permite vivir. Ella sabe que tiene recursos valiosísimos para ayudarle en esta etapa especial de su vida.

a) Busca en la Palabra de Dios las pautas a seguir.

La Biblia presenta un ejemplo maravilloso de una mujer que cumple su papel como madre y esposa. Cuando la Biblia habla de la mujer virtuosa está mostrándonos la clase de esposas y madres que debemos ser. Prov. 31:10-31 hace un elogio de la mujer virtuosa.

La mujer virtuosa es una mujer que posee fortaleza, está preparada para todas las situaciones de la vida, ella misma es ejemplo para otras mujeres, es una mujer que sabe lo que debe hacer, y lo hace.

“¿Quién la hallará?” Estas mujeres no son comunes, pero Dios quiere hacer su obra a través de nosotras cada día para hacernos mujeres virtuosas.

Ella es más estimada que las piedras preciosas, porque se ha dejado moldear por Dios, y posee las características que sólo una cristiana puede poseer.

La mujer virtuosa sabe que el matrimonio es una relación permanente “hasta que la muerte los separe”. La Biblia habla de la mujer sabia que “edifica su casa”; dice la segunda parte que “la necia con sus manos la derriba”. En este pasaje encontramos: “le da ella bien y no mal todos los días de su vida”.

Muchas mujeres aman a sus esposos hasta que aparecen los primeros problemas. Entonces la cosa cambia. Empiezan las acusaciones, las críticas y el culparse unos a otros. El plan de Dios para nuestro hogar es que, en tiempos buenos o difíciles, siga firme todos los días de la vida.

b) Busca en la Palabra de Dios su papel de esposa.

La recién casada está aprendiendo a ser ama de casa y esposa y en esta etapa de su vida esto es muy importante. En ese tiempo de su vida le brinda un lugar preeminente a su esposo y a su hogar.

La Biblia habla de los deberes de la esposa:

“Someteos unos a otros en el temor de Dios. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor” (Ef. 5:21, 22).

Este asunto de someterse se ha convertido en algo pesado para nosotras. Me parece que es así porque no lo entendemos. ¿Qué significa la palabra “sumisa”? No nos está diciendo que no tengamos voluntad propia; tampoco que no expresemos nuestras ideas y deseos y nos dejemos llevar siempre de los de nuestros maridos. Por el contrario, podemos dialogar, expresar nuestros deseos y sentimientos. No es sólo autoridad de parte del marido; es el apoyo en todo. El es el “sumo sacerdote” del hogar; para él es un papel muy difícil.

La Palabra de Dios dice en Génesis: “Le haré ayuda idónea para él.” Cuando el marido entiende este ministerio de apoyo creado para él, la sumisión deja de ser una palabra que nos asusta. Más adelante en este pasaje de Efesios, dice:

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Ef. 5:25).

¿De qué forma tiene que amar el marido? “Como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella.” Este es el ejemplo máximo del amor, y esta debe ser la meta del marido en su amor por su esposa.

El amor de Cristo resultó en entrega total. La sumisión de la mujer que viene como resultado de este amor no es una carga; es un placer. “Cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.” Esto lo podemos entender claramente y obedecer la Palabra de Dios. Mas también la Biblia habla de la obediencia y respeto de cada uno de los miembros de la familia: “Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten” (Col. 3:20, 21). En Tito. 2: 3-5 se exhorta a la mujer a amar a su marido y a sus hijos; a ser prudente, casta, cuidadosa de su casa.

La Biblia nos da las enseñanzas y pautas a seguir como recién casadas, para formar la base sólida del hogar cristiano.

c) Ha entendido y manifiesta el concepto de que en su vida ya no son dos, sino uno.

La Biblia nos dice que Dios creó el primer hombre y la primera mujer y los unió para que establecieran una relación. Dice la Palabra de Dios: “Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él. Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre

a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gén. 2:18:21-24). F. Foulkes escribió:

“...Esta declaración tomada de la historia de la creación, es la más profunda y fundamental de toda la Escritura con respecto al plan de Dios para el matrimonio. Cuando nuestra vida está dirigida por Dios, debemos en todas las cosas esperar su voluntad, y el matrimonio es una de las decisiones más importantes de nuestra vida, porque son dos, que Dios hace uno. Es la persona que me completa y yo soy la otra persona que lo completo a él.”

No solamente uno en cuanto a lo humano, sino también uno en cuanto a lo sexual. La Biblia hace referencia a la unidad que existe entre esposo y esposa a través de la relación sexual. A los ojos de Dios el hombre y la mujer llegan a ser “una sola carne”. La Palabra de Dios habla claramente sobre este asunto cuando dice:

“El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinencia” (1 Cor. 7: 3-5).

Entendemos que en el matrimonio cada uno tiene que cumplir con sus deberes y obligaciones, incluyendo los que tienen que ver con el sexo. Debe evitarse toda forma de abstinencia sexual. Observamos que dice: a no ser por mutuo consentimiento para ocuparnos en la oración. Esto es para evitar tentaciones y conflictos entre el hombre y la mujer.

Sabemos y ya hemos mencionado que a los ojos de Dios somos “una sola carne”, pero ser uno no es solamente físicamente, sino también en lo psicológico y en lo espiritual. Creo que nosotras las recién casadas estamos aprendiendo este concepto y creemos que Dios nos ayudará a comprenderlo más en el futuro. Sabemos que esta relación debe ser cuidada y alimentada para que pueda desarrollarse como Dios quiere.

2. Algunas “excusas” más comunes que la mujer de esta etapa esgrime para no involucrarse en el servicio cristiano

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la

piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados” (2 Ped. 1: 5-9).

El Señor nos manda no estar ociosas ni sin fruto en su obra. No tenemos excusas para ausentarnos del servicio a él. En Juan. 15: 5 el Señor nos manda permanecer en él para que así llevemos mucho fruto, y entendemos que esto es en todas las etapas de nuestra vida.

a) El esposo como excusa.

Para la recién casada todo es nuevo; estamos empezando a vivir una nueva etapa de la vida. Entonces podemos pensar que necesitamos mucho más tiempo para estar en la casa porque nuestro esposo nos necesita. Esto es verdad y es muy importante para establecer buenas bases. Pero debemos recordar que, como ya mencionamos anteriormente, la principal base en el matrimonio es dar a Dios el lugar que le corresponde. Estamos equivocadas cuando lo usamos como una excusa para descuidar o no cumplir bien el trabajo del Señor.

En el libro de Deuteronomio encontramos un versículo que habla a los recién casados.

“Cuando alguno fuere recién casado, no saldrá a la guerra, ni en ninguna cosa se le ocupará; libre estará en su casa por un año, para alegrar a la mujer que tomó” (Deut. 24: 5).

La primera vez que leí este versículo en la Biblia, me causó un impacto, y lo encontré gracioso. Estas tan largas vacaciones de un año, y sobre todo las palabras “para alegrar a la mujer que tomó” muestran la importancia del matrimonio. Este versículo está dentro de las leyes humanitarias en el libro de Deuteronomio. El matrimonio se consideraba tan importante que se protegía con estas leyes. El versículo habla de estar en su casa por un año, y “alegrar a su mujer”. Debemos saber esto sin dejar de hacer lo otro; me refiero a cumplir con nuestro deber de esposa y cristiana activa en el servicio del Señor.

En el libro de Tito dice:

“que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada” (Tito. 2: 4, 5).

El versículo habla del amor hacia el marido; si queremos ser buenas esposas y cumplir con el verdadero amor a nuestro esposo, el ejemplo del amor supremo

lo encontramos en Cristo. Si no tenemos el amor real de Cristo en nuestras vidas nunca podremos tener la clase de amor que Dios espera de nosotras hacia nuestros maridos. El versículo dice: "...para que la palabra de Dios no sea blasfemada". En las Escrituras se presenta el amor superior a todos los principios. Sin el amor no hay armonía entre las relaciones de los seres humanos. El amor es tan grande que cuando cumplimos con el amor cumplimos con toda la ley. "El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor" (Rom. 13:10) Amar como Cristo amó es fundamental para una buena relación matrimonial.

Si soy una mujer cristiana sabía, sabré mostrar mi amor a mi esposo de muchas maneras diferentes. Y también mostraré mi amor a Dios de muchas maneras diferentes.

b) El hogar como una excusa.

Por causa de estar recién casadas, estamos viviendo una nueva experiencia. Nuestros deberes y obligaciones aumentan y podemos caer en el error de usar el hogar como una excusa para descuidar el servicio al Señor.

La Palabra de Dios nos dice que debemos darnos primeramente al Señor (2 Cor. 8: 5); consagrar completamente nuestra vida a él. Todo lo que somos, todo lo que tenemos, le pertenece a Dios y él quiere actuar en nuestra vida; quiere ayudarnos a ser la clase de ama de casa que le glorifique a través de sus actos. Es inútil construir un hogar sin la ayuda y gracia divinas. "Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican: (Sal. 127: 1). Dice un himno: "No hay sitio bajo el cielo más dulce que el hogar." En estas palabras hay mucha verdad; el hogar ocupa un lugar único en el plan de Dios y en la sociedad. Dios nos quiere usar como canales para que nuestros hogares sean fuente de bendición. En Tito. 2:15 leemos que las mujeres deben ser cuidadosas de su casa. La mujer cristiana debe buscar un equilibrio, cumplir con su papel de esposa y ama de casa, tener una casa organizada sin desatender el servicio al Señor.

En el comienzo de la vida de casados, hay muchas personas que nos estarán mirando. Quieren ver cómo nos las arreglamos y se sienten naturalmente curiosas al ver cambios en nosotros. Este es un muy buen momento para testificar con nuestros hechos en cuanto a nuestra escala de valores.

Hemos visto más de una pareja de jóvenes cristianos que, luego de casarse, dejaron de asistir a las reuniones de entre semana o de participar regularmente de las actividades de la iglesia en las que antes eran asiduos.

c) Usar la frase “no tengo tiempo” como una excusa.

Esta frase la usan muchas mujeres cristianas como una excusa para no servir al Señor. La recién casada puede caer en el error de creer que realmente no tiene tiempo para servir al Señor. Dios nos ha dado a todas las mismas 24 horas, y debemos usarlas de una manera sabia. La Palabra de Dios dice:

“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos” (Ef. 5:15, 16).

Como cristianas debemos pensar que cada momento en nuestra vida es importante y precioso, que debemos ser cuidadosas con el tiempo que el Señor nos ha dado. El versículo nos dice que tengamos cuidado, que miremos cómo estamos caminando. Se nos manda andar con sabiduría, no dando ocasión de tropiezo para nadie, sino edificando a todos con nuestra conducta; no como necios o imprudentes, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, para hacer la obra de Dios.

En 1 Ped. 4: 2, 3 se nos da a entender lo precioso que es el tiempo: “Baste ya el tiempo pasado”, en que hicimos lo que no agradaba a Dios. Este es el tiempo de servirle; vivamos el tiempo que nos resta, conforme a la voluntad de Dios, “porque los días son malos”. Los días que vivimos están expuestos al mal. Es necesario que aprovechemos las oportunidades hasta lo sumo. “Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor” (Ef. 5:17). No simplemente sabiendo superficialmente, sino con entendimiento “cuál sea la voluntad del Señor en cuanto a cómo deba usarse cada oportunidad”.

Hace un tiempo leí la siguiente ilustración:

Un día, atravesando el desierto, un viajero inglés vio a un árabe pensativo al pie de una palmera. A pequeña distancia descansaban sus camellos, pesadamente cargados, revelando que se trataba de un mercader de objetos de alto precio que iba a vender sus joyas, perfumes y alfombras en alguna ciudad próxima. El inglés se aproximó al negociante, y lo saludó: — Hola, buen amigo, me parece que está usted muy preocupado, ¿puedo ayudarlo en algo?

— Estoy muy afligido — dijo el árabe con mucha tristeza — porque acabo de perder la más preciosa de mis joyas.

— Amigo, — respondió el inglés —, la pérdida de una joya no debe ser gran cosa para quien, como usted, lleva sobre sus camellos tan grandes riquezas. No será difícil sustituirla.

Rápidamente exclamó el mercader: — Bien se ve que usted no sabe el valor de lo que perdí.

— ¿Qué joya es esa? — preguntó curioso el viajero.

— Era una joya — le respondió — como no habrá otra. Estaba enclavada en un pedazo de piedra de la vida. La adornaban veinticuatro brillantes, alrededor de los cuales se agrupaban otros sesenta menores. Con esto se dará cuenta de que tengo razón al decir que nadie hará otra igual.

— Realmente — respondió el inglés — , debe haber sido de gran precio. ¿No cree que sea posible encontrar otra análoga con mucho dinero?

— La joya perdida — respondió el árabe — era un día... y un día que se pierde no se encuentra jamás.

Somos poseedores de una enorme riqueza que son los minutos, las horas, los días y los años que tenemos para vivir. Sepamos aprovecharla de tal modo que en el futuro no tengamos que llorar días malgastados y horas perdidas. Transformemos cada minuto en joya de valor real en el servicio del maestro.

Las mujeres cristianas debemos aprovechar el presente para agradar cada día al Señor a través de nuestro tiempo.

Este tiempo presente que vivimos es la oportunidad que Dios nos da para servirle.

3. Qué puede hacer la recién casada para cambiar esas excusas en oportunidades de servicio

Hemos mencionado que todas las etapas son para servir al Señor, porque le hemos entregado nuestra vida y queremos hacer su voluntad agradándole en todo. En vez de usar el esposo, el hogar y el tiempo como excusa para no servirle, él quiere que nuestra vida sea de bendición en su causa, en esta etapa de recién casadas.

El Señor nos ha dado un hogar que es una bendición, desde hace mucho tiempo él me ha llamado para servirle. Ahora Dios me ha dado un esposo que sabe que el amor de Dios es sobre todas las cosas y este amor le impulsa a obedecerle en el servicio cristiano.

El Señor quiere que nuestro servicio a él también se manifieste a través del hogar. Este debe ser un refugio donde abunden la comprensión y el cariño, donde se encuentre amor y compañerismo. El hogar debe ser un centro de adoración. Esto es claramente descrito en la Palabra de Dios:

“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas” (Deut. 6: 6-9).

No es un acto de adoración casual. El propósito de Dios es que su Palabra esté en primer lugar en la vida del hogar, entremezclada con el diario desarrollo de los deberes como parte natural de la vida. Nuestro servicio y adoración son inspirados en las palabras de Josué: “Yo y mi casa serviremos a Jehová (Jos. 24:15). Si vemos el libro de Los Hechos, el inicio de la iglesia primitiva, las reuniones se efectuaban en los hogares, el centro del movimiento expansivo de la iglesia fueron los hogares.

“El hogar cristiano de hoy es el verdadero centro vital de la iglesia, ya que nuestras iglesias no pueden llegar a ser más poderosas que los hogares de los cristianos que forman su membresía.”

Es muy importante mantener y no descuidar el culto familiar, comenzando desde el mismo día del matrimonio en el caso de los recién casados. Es muy importante el devocional en pareja. Este es un tiempo muy especial de leer la Biblia y orar; aquí compartimos tiempo uno con otro y con Dios. Estudios realizados sobre el divorcio comprueban que la pareja que se une en oración y estudio de la Palabra, difícilmente se divorcia. Cuando amamos a Dios su amor nos une más y nos inspira a aprender a orar juntos. Esta es una disciplina importante y necesita dedicación y constancia.

Dios es amor. El es el autor del amor que sentimos el uno por el otro, y quiere que seamos canales por los cuales este amor divino fluya. Podemos usar nuestros hogares como centro de testimonio y adoración.

El ambiente de nuestro hogar debe ser alegre, acogedor, porque es un hogar cristiano. Podemos abrir nuestro hogar para un estudio bíblico, para la oración. Que nuestros vecinos sepan que estamos dispuestas a orar con ellos en cualquier momento que nos necesiten.

Unos meses atrás iniciamos en nuestra casa estudios bíblicos y oración. Visitamos a los vecinos invitándolos a un culto en nuestra casa para que Dios bendijera nuestro hogar, pues estábamos recién mudados. Ellos nos acompañaron, y a partir de esa fecha marcamos un día fijo para estudio bíblico y oración. Recibimos muchas bendiciones a través de esta actividad. El Señor actuó en muchas vidas respondiendo a las oraciones hechas en ese lugar, y aun fuera del culto nos buscaban para orar por sus problemas. El Señor ha abierto las puertas en este lugar para que entre su evangelio de amor.

Otra oportunidad de servicio para la recién casada es su nueva familia: los familiares de su esposo. ¿Pensaste alguna vez que, por una simple firma ante el juez, de golpe te encuentras con que tienes otros tíos, sobrinos, hermanos, padres, abuelos y toda la colección de parientes que quieras? Míralos no como enemigos, no como “el otro bando” sino como tu campo misionero. ¿Conocen ellos al Señor?

Si queremos servir a los demás encontraremos diferentes maneras de testificar. Sólo tenemos que estar dispuestos para que el Señor nos use. La evangelización debe ser un estilo de vida y no sólo un programa de un día a la semana. “Alzad vuestros ojos y mirad los campos”; el campo es el lugar donde Dios nos ha colocado. La experiencia más importante de nuestra vida es haber conocido a Cristo. El nos quiere usar para que otros le conozcan.

Cuando estamos sirviendo al Señor debemos estar abiertas a las necesidades sociales y no solamente a las espirituales. Jesucristo suplió todas las necesidades.

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor” (Luc. 4:18, 19).

Vamos a pedir al Señor que nos haga sensibles para que en cualquier momento y en cualquier lugar él pueda usarnos para suplir las necesidades de nuestro prójimo.

El Señor nos ha dado una vida preciosa. En las mañanas, cuando empiezo a orar, siempre digo: “Gracias, Dios por este día. Es una bendición despertar y vivir.”

En esta etapa feliz e importante de establecer las bases para el nuevo hogar, desechemos la frase “no tengo tiempo” de nuestro vocabulario. No pensemos que “más adelante será diferente y estaré más libre para trabajar en la iglesia”. Cada etapa tiene sus dificultades y sus cosas que nos atan. Busquemos que estas ataduras no nos impidan dedicarnos al uso de nuestros dones y talentos en nuestro servicio cristiano.

Además de estar haciendo lo que corresponde, estaremos siendo un buen modelo para otras señoritas de nuestra iglesia que estén haciendo planes para formar su hogar.

Para discutir en grupo

- 1.** ¿Cuál es el principal ministerio de la mujer recién casada si su esposo no es creyente?
- 2.** ¿Cuál es la mejor manera de hacerlo?
- 3.** Luego de estudiar el material, haz una lista de cuatro excusas que las mujeres en esta etapa mencionan para no servir al Señor.
- 4.** Si tú tuvieras que responder a esas excusas, ¿qué argumentos usarías? Escríbelos.
- 5.** Escribe un consejo que darías a una recién casada para ayudarle a organizar su tiempo.
- 6.** Menciona tres oportunidades específicas de testimonio cristiano que tiene la recién casada.

2. La madre con hijos pequeños

Sofía Alarcón de Garay

“¡Felicidades. Usted está esperando un bebé!” No importa la manera en que se nos dé esta noticia, lo cierto es que toda mujer tiembla ante la expectativa de ser depositaria de la vida de un nuevo ser.

Esta mezcla de alegría y temor se convierte en un torbellino de sensaciones que nos transportan a un mundo distinto, desde el cual las cosas se ven diferentes, casi mágicas.

Tuve el privilegio de escuchar en dos ocasiones esta afirmación y vivir la maravillosa aventura de la maternidad con mi hija Sofía Shareni y el pequeño Jorge.

Debo confesar que, a pesar de haber esperado con ansiedad y anhelo el ser madre, no pude por ello escapar del temor al recibirlos y tenerlos en mis brazos.

Día tras día aprendo junto con ellos en mis aciertos — no tantos como yo quisiera declarar — y en mis fracasos. Recuerdo bien cómo antes de que mi hija Shareni, la mayor, llegara al hogar, devoraba cuanta revista o libro caía en mis manos en un honesto afán por capacitarme como mamá. Lamentablemente, al llegar el día de la “graduación” todo lo aprendido en teoría se vio opacado ante la realidad.

Hoy mis hijos tienen seis y dos años respectivamente, y todavía no alcanzo a practicar todo lo estudiado. Algún día... tal vez.

Cuando Dios unió mi vida a la de mi amado esposo, ambos compartíamos ya un ministerio pastoral. El había sido llamado al pastorado años atrás y yo tenía el privilegio de ser hija de pastor y conocía de la exigencia de serlo.

En mi infancia no me causaba problema el aceptar que tenía que ser ejemplo para todos los niños de la iglesia por el hecho de ser la hija del pastor. Mi papá nunca puso este estigma sobre nosotros, pero no hacía falta, otros se encargaban de hacerlo con tal profesionalismo que a mis hermanos y a mí nos divertía, en cierta forma, escabullirnos de la mirada crítica de algunos hermanos de la congregación para mezclarnos distraídamente con el resto de los chiquillos, y dar rienda suelta a nuestros ímpetus de expertos traviesos.

Tuve una excelente escuela en mi familia y en la manera en que mis padres vivían la vida cristiana. Jamás tuve la impresión de que el ser cristiano fuera

una carga. En mis padres veía tal dignidad al vivir su fe en Cristo, que bien pronto estuvimos conscientes del inmerecido privilegio de ser cristianos.

Así pues, yo quería que mis hijos tuvieran el mismo ejemplo. Anhelaba que ellos pudieran sentir el privilegio de ser miembros de una familia cristiana y además hijos de un siervo de Dios. Yo lo había aprendido del ejemplo de mis padres, así que pesaba sobre mí la responsabilidad de reflejar el gozo de la vida cristiana y del servicio al Señor.

No quería de ninguna manera que ellos se sintieran atrapados en una competencia por llamar la atención de sus ocupados padres; pero me atemorizaba la idea de ponerlos como pretexto para continuar sirviendo al Señor como antes de que ellos llegaran a nuestro hogar.

Yo sabía, por la experiencia de algunas compañeras de ministerio, que los hijos podían ser una gran bendición o un pretexto para detener su servicio. Yo no quería que los míos entraran en esta segunda categoría. Pero, ¿cómo lograrlo? ¿Cómo luchar ante la tentación de involucrarse demasiado en los quehaceres que originan el tener niños pequeños y alejarse del servicio cristiano? ¿Cómo podíamos conciliar su educación y atención, ofreciéndoles el gozo de compartir nuestra excitante vida ministerial?

Compartiendo estas inquietudes con una sabia mujer, esposa de un pastor, ella me decía: “Sofía, los niños no tienen por qué ser un estorbo. Son una bendición, y como tal deben tratarlos. Dios nos da tantos regalos a través de los primeros años de nuestros hijos que no debemos desperdiciarlos. No te dejes atrapar por la tentación de ponerlos como excusa para limitar tu servicio al Señor.”

¡Y cuánta razón tenía! A través de mis hijos he aprendido lecciones maravillosas y hemos podido unirnos como familia para servir al Señor con gozo e intensidad. No sólo no han sido un impedimento, sino que son un estímulo para procurar cada vez más la cercanía con el Señor y la manifestación de nuestra gratitud a través del servicio.

Sin embargo, en la experiencia de mi ministerio, con frecuencia escucho a madres con niños pequeños excusar su falta de servicio al Señor argumentando lo difícil que resulta hacerlo cuando tienen que atender a sus hijos. Sus excusas no sólo me resultan lamentables, sino también peligrosas, pues no hay nada más terrible que poner como pretexto a nuestros hijos para no entregarnos fielmente al servicio del Señor.

Ciertamente, es muy difícil conciliar todas las actividades que se crean al tener a nuestros hijos pequeños y dar tiempo al Señor. Pero de ninguna manera es

imposible. Ellos mismos nos brindan algunas oportunidades para hacerlo. Tomemos estas, por ejemplo:

1. La oportunidad de vivir la fe

No cabe duda que uno de los grandes privilegios de tener a nuestros niños pequeños es la cercanía al tiempo de nuestro embarazo y alumbramiento. Digo privilegio, porque los recuerdos de aquellos días son tan frescos que casi parece que volvemos a vivirlos. Y es en ese tiempo cuando cobra mayor realismo el significado de la fe.

Cuando mi esposo y yo confirmamos que tendríamos nuestro segundo bebé, la alegría no podía ser plena, pues a causa de una severa infección, y desconociendo aún mi estado, yo había tomado cierto medicamento que no es recomendable cuando hay embarazo.

Cuando consultamos a los médicos, dos de ellos afirmaron profesionalmente que el bebé llegaría con malformaciones físicas. Creo que tú, amiga mía, bien puedes imaginar la lucha que librábamos mi esposo y yo.

Los primeros meses fueron una batalla férrea entre el temor y la fe. Finalmente, mi esposo y yo decidimos esperar gozosamente el día de tener a nuestro hijo en los brazos, sin imponer a Dios nuestros deseos sobre su perfección. Una inexplicable paz sobrecogió a partir de ese momento mi ser y la espera fue un hermoso ejercicio de fe. Tenía la certeza de que esperaba un bebé formado en la plena y soberana voluntad de Dios y que sería de gozo para nuestro hogar. Esperaba con esta convicción aun cuando todavía no lo pudiera ver (Heb. 11: 1).

Cuando llegó el día programado para mi operación, entré al quirófano con una perspectiva diferente de la fe. Cuando el médico me anunció que el niño había nacido en perfecto estado, no resultó una sorpresa para mí.

Y cuando ya les tenemos con nosotros, nuestra fe crece al esperar que su desarrollo sea normal. Los vemos tambalearse al dar sus primeros pasos, pero confiamos en que pronto correrán. Les oímos balbucear, y anhelamos el día en que nos digan “mamá”.

Hace poco, una hermana nos comentaba en la Sociedad Femenil sobre la oración de su pequeñita. Al salir de su casa y pedir la protección del Señor, la niña oraba diciendo: “Señor, si tú quieres, tú puedes matarnos, y si quieres, puedes dejarnos vivir. Por eso, no tenemos miedo.”

La hermana nos decía cómo le había impactado la fe y el reconocimiento del poder de Dios en la vida de su hijita. Nos confesó cómo Dios le había llevado a

la reconsideración de sus decisiones a través de esta acción; puesto que en muchas ocasiones ella había dejado inclusive de asistir al templo por cuidar a su hija. Para ella fue una lección venida del Señor al ver que su hija confiaba plenamente en la soberana voluntad de Dios.

¡Cuánto aprende uno de sus pequeñitos! La relación que tienen con Dios como su Padre. La certeza de que él es suficientemente poderoso para cuidarlos, sanarlos y hacerlos felices.

Si ponemos atención a la forma en que los niños viven la fe en su Creador, seguramente podemos aprender mucho de su convicción. Con razón, el Señor tomó a un pequeñito y lo puso como el centro de su enseñanza para ejemplificar la forma en que se vive la fe (Mar. 10:13-16).

Bien podemos aprender de la confianza de nuestros niños para aceptar el hecho de que, no importa qué tan bien los cuidemos nosotros, están en las manos de Dios. Por lo tanto, es por demás ponerlos como pretexto para evadir nuestra responsabilidad de servicio.

2. La oportunidad de guiarles a los pies de Cristo

Nadia es una joven madre de dos niños. La última vez que la vi, su hijita mayor tenía cuatro años y el menor dos. Ambos preciosos.

Nadia y su esposo asistían eventualmente a la iglesia y, tristemente, no podían consolidar una armonía familiar por el carácter perfeccionista de ella, y el nerviosismo abrumador de él.

Siempre que nos veíamos, había quejas en cuanto a sus niños. Lo más lamentable es que ella se veía amenazada por ellos. Prácticamente vivía en constante competencia por ocupar el primer lugar en todo. Sí, por increíble que parezca, para Nadia era importante ser el centro de atención. Por otro lado, exigía a sus niños que fueran un dechado de virtudes y un ejemplo de corrección.

Era obvio que, al no conseguir que estos dos pequeñines estuvieran sentados sin hacer ruido alguno durante una reunión de adultos, esto causara una profunda frustración en Nadia.

Cierto día, después de escuchar sus desconsoladas quejas, le pregunté: “Nadia, ¿qué es lo que más te preocupa de tus hijos?” Pareció como si la pregunta hubiera tecleado un programa de computadora, pues inmediatamente empezó a mencionar una serie de actitudes que verdaderamente le preocupaban: que la gente los considerara educados, que las personas les alabaran por su buena

conducta, que todos pudieran elogiarlos por su corrección e inteligencia... y así continuaban sus argumentos.

Con tristeza yo escuchaba que mucha de su preocupación no tenía que ver con el bienestar de sus niños, sino con la imagen que ella, como madre, quería dar ante la sociedad de quien esperaba ser aprobada. Cuando aparentemente hubo terminado, le dije: “Nadia, ¿en ningún momento te ha preocupado la salvación de tus hijos...?”

La pregunta le resultó no sólo inesperada sino incoherente.

Claro que se preocupaba... aunque todavía eran tan pequeños. Por eso los llevaba al templo, e incluso ella misma estaba ansiosa de trabajar muy activamente en algún ministerio para poder ayudar.

Permíteme confesar que después de hablar largamente con ella e intentar enfrentarla a su responsabilidad, no he vuelto a verla y mi inquietud crece con el tiempo. ¿Habrás entendido finalmente el hermoso privilegio que tiene de procurar la salvación de sus niños?

Lamentablemente, el caso de Nadia no es el único. Con frecuencia los padres de niños pequeños pensamos que aún no es tiempo para “mortificarlos” con cosas tan profundas como es la salvación. Otros, un poco más conscientes, consideran que hacen ya bastante con llevarles regularmente al templo. Hay padres, inclusive, que se afanan procurando que el departamento infantil de la iglesia funcione adecuadamente para que cumpla su propósito en la vida de sus hijos.

Pero, amiga mía, somos nosotros como padres de esos pequeños los que tenemos el privilegio de guiarles a los pies de Cristo; de enseñarles la maravillosa amistad que Jesús les ofrece. La perfecta protección que él quiere darles a través de una relación personal y honesta.

Recordemos que Dios no tiene nietos. Nuestros hijos necesitan tener una relación personal con Cristo.

No sé cómo agradecer al Señor que mi padre se hubiera ocupado de mi salvación cuando yo ni siquiera lograba entender mucho de teología... ¡aún ahora no entiendo mucho! Pero mi padre me llevó a entender el infinito amor de Jesús. De manera muy sencilla, pero con toda claridad, me invitó a aceptar la amistad y el amor de Cristo y a darle mi vida. Acepté a Cristo como mi Salvador, y han sido muchos años caminando en la salvación.

Creo sinceramente que no hay mayor privilegio para nosotros, los padres de hijos pequeños, que guiarles a los pies del Señor. Definitivamente ellos pueden aceptar el amor de Cristo y caminar por su senda.

Si ésta es nuestra mayor preocupación y encaminamos nuestros esfuerzos para que ellos sean salvos, todo lo demás será añadido, y el bienestar de nuestros hijitos estará seguro en las manos de quien les ama mucho más que nosotros.

3. La oportunidad de interceder por ellos

¡Qué hermosa oportunidad es orar por y con nuestros hijos! Tal vez tú pienses: “¿Sólo en esta edad debemos orar por nuestros hijos?”

No, claro que no. La mejor protección que podemos ofrecer a nuestros hijos es el favor de nuestras oraciones. Este es un privilegio que dura toda la vida.

Sin embargo, en sus primeros años es cuando podemos enseñarles esta bendición. Llevarles a la convicción de que Dios les escucha, les atiende y les ayuda.

Hace dos años, mi hija se enfermó de bronquitis. Cuando notó mi preocupación, me dijo: “No te preocupes, mamita. Vamos a orar; Dios va a curarme.”

El mejor bálsamo de consuelo no pudo surtir más efecto que aquella fe certera en que Dios la escucharía y actuaría en favor de su salud. Y, ¿sabes?, así lo hizo.

Nada compensa el tiempo que pasamos enseñando a orar a nuestros hijos cuando éstos son pequeñitos. Oírles orar por un gato, su juguete descompuesto, su amiguito Fulanito, los problemas de sus muñecas y hasta por nuestros problemas, es la mayor recompensa que podemos recibir.

Una hermana, madre de una niña de cuatro años, me decía: “Hermana, ¿sabe que estoy orando por el esposo de mi hija...?” Bienaventurada esta madre que valora el tiempo de oración y no espera hasta que su hija empiece a relacionarse con alguien que no le conviene para empezar a orar por ella.

El tiempo para orar por y con ellos es ahora. La protección la necesitan desde el momento en que llegan a este mundo. Como madres de niños pequeños, más que abrumarnos por la situación del mundo que les tocará vivir cuando sean mayores, debemos enseñarles que con Cristo son más que vencedores (Juan. 16:33).

4. La oportunidad de disciplinarlos

“¡Qué tiempos aquellos, señor don Simón...!”, principiaba diciendo un cuento que me narraba mi abuelita. La historia tenía que ver con todas las cosas positivas que se habían visto y enseñado en el pasado, y que al correr del tiempo habían dejado de ser.

Se hablaba de las modas, de costumbres y de educación... sobre todo de educación. Casi siempre, mi abuelita remataba el relato con algo como: “En mis tiempos, ¡qué esperanza que los niños pudieran contradecir a sus padres... pero... ahora...”, y al ir bajando la voz parecía que recordaba tristes encuentros de padres a quienes sus pequeños habían desplazado en autoridad.

Y es que, verdaderamente, la disciplina infantil se ha visto relajada al punto en que la excepción es el niño que actúa con toda corrección y con un visible respeto para con los demás.

Reza el dicho: “todo tiempo pasado fue mejor”. Sea lo que fuere, creo que honestamente debemos enfrentar nuestra realidad. Hoy nuestros pequeñitos están expuestos a ejemplos de rebeldía e indisciplina como no se veían hace apenas una década.

Por comodidad o por ignorancia, en ocasiones los padres dejamos que el tiempo pase sin dar formación a valores de conducta que permitan que nuestros pequeñitos tengan parámetros bien claros de la disciplina.

Recientemente escuchaba a una Licenciada en Educación Infantil confirmar el dato de que los niños reciben el 80% de su formación en los primeros cuatro años de su vida. Y no es que al recordar esto tratemos de abrumar al niño con un código de prohibiciones. Es guiarles en el temor del Señor.

Cuando mi esposo y yo supimos que Dios bendeciría nuestro hogar con un bebé, conversamos sobre la necesidad de aceptar nuestra responsabilidad y privilegio de educarlo y disciplinarlo. Aceptamos con gozo el hecho de que era imprescindible tomar tiempo para la educación de los nuestros, antes de intentar cambiar a los ajenos. Hemos apoyado nuestra actitud de consejo bíblico: “Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza...” (Prov. 19:18).

Ambos estamos convencidos de que podemos servir al Señor empezando por nuestra casa. En ocasiones no es necesario tener que buscar trabajo, puesto que tenemos un hermoso y delicado ministerio dentro del hogar.

No pretendo decirte cómo educar a tus niños. Yo misma consulto diariamente con Dios sobre la manera en que debo hacerlo con los míos. Lo que sí puedo asegurarte es que esta responsabilidad puede ser demasiado gravosa si no

dependemos total y confiadamente del consejo divino. Pienso que la petición que más agrada al Señor es la de una madre que pide sabiduría para disciplinar y educar a sus niños. La respuesta es pronta y efectiva. Generalmente, no nos muestra qué castigo debemos imponer. Más bien nos descubre alguna actitud de nuestra parte que debemos corregir para motivar con nuestro ejemplo a nuestros hijos.

Somos educados para educar, y disciplinados para disciplinar. Viéndolo así, cuánto beneficio tenemos al servir al Señor educando y disciplinando a nuestros pequeñitos.

5. La oportunidad de atenderles

En nuestra iglesia tenemos la bendición de contar con una hermana que tuvo seis hijos, hoy ya todos son adultos. Siempre es una delicia escuchar cuando platica sobre las aventuras y peripecias que tenía que pasar cuando todos sus hijos eran pequeños.

Un día normal para ella era: levantarse a primeras horas de la mañana para atender a su esposo en su salida al trabajo, vestir a los cuatro mayorcitos, prepararles y darles el desayuno, y salir corriendo para llevar a la escuela a los dos más grandes; regresar a todo correr y darles los últimos “toques” a los dos que seguían para llevarlos al jardín de niños. Luego volvía en veloz carrera con justo el tiempo para encontrar a los dos más pequeñitos despertando y solicitando sus “sagrados alimentos” mañaneros. Tan pronto como terminaba de darles su desayuno, principiaba con la tarea de limpiar su hogar. Permíteme hacer un paréntesis para decirte que hasta hoy la hermana tiene su hogar perfectamente limpio, y con un agradable aroma de orden y organización. Cuando su casa estaba completamente aseada, salía, halando de la mano a la más pequeña mientras cargaba en brazos al otro, para ir a hacer las compras para la comida, para regresar justo a tiempo para dormir a los pequeños y salir corriendo a recoger de la escuela a los otros. ¿Quieres que siga con este itinerario?

Creo que puedes imaginar en lo que ocupaba su tiempo por la tarde. Siempre con algo que hacer, y girando de un lado a otro, derrochando energía. Cuando al caer la noche los niños dormían, ella, auxiliada por su esposo, adelantaba los trabajos limpiando zapatitos, arreglando uniformes, preparando sus almuerzos y alistándose para retomar su rutina al día siguiente.

Cuando la hermana platica conmigo todo esto, increíblemente no lo hace ni en tono de queja ni de autocompasión. Por el contrario hoy, a casi veinticinco años de todas sus peripecias con sus hijos pequeños, podemos encontrar una mujer esbelta, ágil y con un carácter jovial.

Apenas hace una semana la hermana rememoraba gozosamente ese tiempo, y me decía:

“Ciertamente que aquel ejercicio me ayudó a estar saludable. Aún hoy, con mis cincuenta y cuatro años, me siento fuerte y feliz de haber hecho todo lo que tuve que hacer.”

Te confieso que mi admiración crece al ver a sus hijos andando en el temor de Dios. Todos ellos son fieles cristianos que sirven al Señor y dan testimonio de una relación honesta y profunda con él.

A veces me pregunto de dónde sacaría la hermana el tiempo necesario para educarles en las cosas de Dios. Sin duda fue mucho del poco tiempo libre que le quedaba el que ocupó para orar por ellos. No se quejó de no tener tiempo; sencillamente lo aprovechó para cuidar la vida espiritual de sus hijos.

Es cierto que cuando nuestros niños están chicos parece que no tenemos tiempo más que para atenderles y tratar de tener la casa limpia. Ni siquiera nos damos tiempo para atender debidamente a quien se acerca a nosotros buscando ayuda. Sin embargo, en cierta ocasión Dios me enseñó algo muy valioso.

Un día en que recién había limpiado el cuarto de los niños acomodando todo en su lugar, me paré en el marco de la puerta y respiré profundamente. Jorge estaba dormido en su cuna y Sharení aún no regresaba del kinder. Daba gusto ver el cuarto. Todo acomodadito y guardado en sus cajones. De pronto vino a mi mente una terrible idea: ¿cuánto duraría así este cuarto? Un sentimiento de angustia empezó a crecer dentro de mí. Ese mismo día recibiríamos unas visitas en casa. Hermanos que no habíamos visto hacía mucho tiempo antes y a quienes me interesaba atender esmeradamente ofreciéndoles un ambiente de orden y belleza.

Una gran idea atravesó mi mortificada mente: voy a cerrar el cuarto con llave. La idea me pareció estupenda. Todo estaba solucionado. Con el cuarto cerrado, la situación estaría controlada.

Desde luego que no recibí ninguna felicitación de mis hijos por esta idea, sin embargo estaba decidida. No supe cómo logré controlarlos mientras llegaban nuestros invitados, aunque hubo llantos, quejas y malhumor.

Por fin llegaron nuestros hermanos. ¡Qué gozo era tenerles con nosotros! Tan pronto como les mostré el cuarto de los niños, éstos entraron como una estampida, causando tal impresión que parecía que todos los niños del vecindario se habían colado en lugar de ser sólo dos pequeños. Ante mis sorprendidos ojos y la dulce mirada de la hermana, se dieron a la tarea de redecorar el cuarto a su gusto.

Tratando de disimular mi desaliento, salimos de ahí y fuimos a conversar en la sala. El tiempo siguió corriendo, y cuando los hermanos tuvieron que retirarse, la hermana me llevó aparte y me dijo dulcemente:

“Sofía, hay dos clases de mujeres: las Martas y las Marías (Luc. 10:38-42). Una de ellas. Marta, siempre está afanada por el aseo del hogar, porque todo esté en su lugar y luzca impecable. La otra, María, dejó todo por atender a Jesús. Una se preocupa por las cosas... la otra por las personas. No se trata de descuidar el orden y la limpieza, sino de dar preferencia a las personas. Tus niños te darán todavía un poco más de trabajo para guardar el orden, pero recuerda: ellos son más importantes.”

Jamás sabré cómo se dio cuenta de mi malestar al no conseguir tener mi casa como “una tacita de cristal”, pero lo que aprendí ese día sí que venía de Dios.

He aprendido que quizá no tenga tiempo para salir y predicar, pero si ofrezco a mis hijos una actitud paciente y comprensiva, ellos podrán ser un brazo extendido en mi ministerio, saliendo del hogar y mostrando con su actitud lo que significa ser cristiano.

Hace poco me fue descubierta una escoliosis (desviación de la columna) que me impide tener toda la movilidad que requiero para agacharme y recoger juguetes 24 horas al día. La recomendación médica fue: no cargar cosas pesadas ni agacharme demasiado, entre otras.

¿Cómo podía ejercitar mi paciencia al tratar de cumplir con mis tareas y no ver resultados, a excepción de un fuerte dolor de espalda? La respuesta me la dio días más tarde el Señor cuando escuchaba predicar a mi esposo sobre: “Hacedlo todo de corazón, como para el Señor...” (Col. 3:23).

Claro, mi trabajo podía resultar una bendición y no una carga si lo hacía para mi Señor. Créeme, ¡qué diferente es la perspectiva viéndolo así!

6. La oportunidad de relacionarnos con otros padres

En cierta ocasión, al terminar el culto de misiones pasó una hermana al frente, y con lágrimas en los ojos decía: “Yo no puedo ir a otros países a hablar del Señor, pero sí puedo orar por ellos y puedo hablar de Cristo con mis vecinos.”

Seguramente que tú, como yo, hemos sentido la motivación después que escuchamos hablar del trabajo misionero. Deseamos hacer algo por el Señor, servirle de alguna manera, pero también es cierto que resulta muy difícil cuando nuestros niños están pequeños.

Sin embargo, en lugar de desanimarnos podemos descubrir con gozo que ellos no son ningún obstáculo para que sirvamos al Señor dando testimonio de nuestra fe. Por el contrario, son un medio a través del cual podemos acercarnos a otros padres.

Recuerdo que en una ocasión un hermano nos comentaba cómo había luchado por tener un centro de predicación en su casa. Sus vecinos no respondían a sus invitaciones, argumentando falta de tiempo, entre otras excusas.

De pronto se dio cuenta de que sus hijos jugaban mucho con los niños de otros padres cercanos a su casa. Primero fue sólo el interés por conocer qué clase de familia tenían los amigos de sus niños, pero poco a poco se dio cuenta de que ellos, los niños, eran un medio efectivo para acercarse a otros padres y hablarles de Cristo.

Ahora el hermano tiene un centro de predicación en su hogar y las personas asisten invitadas por sus hijos para participar del compañerismo familiar.

En aquel tiempo en que escuchaba a este hermano contar su testimonio, yo todavía no estaba casada y no comprendía completamente el poder con que Dios puede usar a nuestros hijos para abrirnos puertas para el testimonio cristiano. Hoy sí. ¡Qué oportunidad tan bonita nos dan nuestros pequeños para conocer a otros padres y relacionarnos como familias! Personas con quienes nos identificamos por los problemas en común de nuestros hijos y quienes necesitan del mensaje de la salvación.

Olga, mi vecina, es una mujer a quien le encanta relacionarse con las personas. Frecuentemente la encuentro en la calle conversando con las vecinas y hablando abiertamente con todos. Pero al principio no fue así. Cuando llegamos a vivir a este fraccionamiento, nos dimos cuenta de que sería muy difícil relacionarnos con nuestros vecinos pues la gente en esta ciudad es muy reservada, especialmente con aquellos que son evangélicos. Así, los días pasaban sin que pudiéramos entablar ninguna relación con ellos, ni siquiera con Olga.

Cierto día, al sacar a los niños a jugar al jardín, noté que Olga se asomó por su ventana. Por ese tiempo teníamos una perrita Samoyedo que era la delicia de nuestros niños, y a quien le encantaba jugar y corretear a la par de ellos.

Olga lanzó una segunda mirada por la ventana, y fue entonces que sus niños se le unieron. Sólo bastó que descubrieran a mis niños jugando con la perrita para que empezaran a pedir permiso para salir a jugar.

Pronto los niños se unieron a nosotros, y empezamos a relacionarnos. Yo notaba cómo Olga seguía disimuladamente viendo a través de su ventana. Por fin se unió al grupo.

Lo primero que hizo fue invitarme a una parroquia católica en donde daban clases de catequismo para los niños. Entonces pude hablar confiada y abiertamente de nuestra fe. En el fondo temía que ese fuera el inicio y el final de una relación. Sin embargo, sus hijos y los nuestros se hicieron amigos y esto permitió que pudiéramos continuar platicando cada día con más confianza. Poco a poco ella fue acercando a los demás vecinos hacia nosotros, y hoy tenemos la oportunidad de compartir nuestro testimonio con ellos.

Siempre que veo a mis hijos jugar con sus vecinos doy gracias al Señor porque, sin duda. Dios les usa como instrumento para tener una relación con nuestros vecinos y cumplir con la Gran Comisión, principiando por mí Jerusalén.

7. La oportunidad de ser sus maestros y amigos

Mamita, ¿por qué no se caen los pájaros del cielo? ¿Por qué mis pececitos no se ahogan dentro del agua? ¿Por qué...?

Tan pronto como llegamos a la edad de los “por qué” de nuestros niños, empezamos a sufrir buscando respuestas adecuadas y honestas a todas sus inquietudes.

Y, ¿qué me dices de la nueva perspectiva con que ves las cosas? Bien es cierto que lo que ahora nos resulta nuevo fue la forma en la que veíamos lo que nos rodeaba durante nuestra infancia. Por ello tal vez exista el sentimiento sobrecogedor que nos brinda ternura y grandeza.

¿Cuánto tiempo hacía que no correteabas tras una mariposa o que no tomabas tiempo para observar el enérgico desfile de hormiguitas atravesando tu jardín? ¿Cuánta bendición recibimos al ver el mundo a través de los inquietos ojos de nuestros pequeños! Y desde esta perspectiva nos convertimos en maestras capaces de entender la imaginación de los niños.

Una joven maestra en la escuela dominical nos relató que por dos domingos consecutivos, al entrar a su salón de preescolares, encontró todas las sillas acomodadas en fila una tras otra. Regularmente, ella las reacomodaba en su lugar ante la mirada desilusionada de los niños. Finalmente, al tercer domingo uno de ellos le preguntó: “¿Por qué no le gusta nuestro tren?” Había tal tristeza en esa queja que esa maestra se dio cuenta de que debía cambiar su forma de ver las cosas. Habló con las madres de sus alumnos para pedir ayuda. Todas

estuvieron gozosas en participar con sus opiniones, aun aquellas que siempre habían pensado que no podían hacer nada en la iglesia.

El resultado fue evidente. Hoy, este departamento es uno de los mejor atendidos, y esta señorita es una excelente maestra. Regularmente se auxilia con la opinión y asesoría de hermanas con hijos pequeños, y mantiene una constante comunicación con ellas.

Una de las hermanas me decía llena de entusiasmo:

“Hasta hace poco pensé que yo no podía hacer nada en la iglesia. Pensaba que, al menos mientras mis hijos estuvieran pequeños, tendría que dejar de participar. Ahora me gozo cuando puedo dar mi ayuda aun con mis opiniones, y siento que de esta manera también sirvo al Señor.”

¡Claro que sí! La experiencia que adquirimos con nuestros niños puede ser, y de hecho es, una gran ayuda si la compartimos con otros.

Nunca podré olvidar a una hermana ya ancianita quien había tenido muchos hijos. No sabía leer ni escribir. Con dificultad hablaba el español, pues era indígena purépecha; sin embargo, no había ni una madre en la iglesia que no le consultara cuando necesitaba alguna opinión sobre sus niños. No importaba si se trataba de conducta o de salud, todas sabíamos que podíamos encontrar en ella un sabio consejo para la atención de nuestros niños.

A veces la veía sonreír, un poco divertida, al escuchar a una joven madre hablar de algún problema que consideraba gravísimo, y que en realidad no lo era tanto.

Cuando yo recién la conocí me preguntaba dónde habría aprendido tanto sobre la naturaleza de los niños y sus enfermedades. Resultó obvio que había sido de su experiencia con tantos hijos, y de su deseo natural de ayudar a otros.

No hay duda que cuando tenemos a nuestros pequeñitos Dios nos capacita para tratarlos dándonos de su sabiduría cuando así se lo pedimos.

Hace algún tiempo leí un artículo en una afamada revista, de una madre que de pronto vio que su pequeño hijo enfermaba gravemente. Como era natural, empezó a buscar a los médicos más renombrados para atender a su hijo. Era por demás... todos lo desahuciaron. Ninguno de ellos pudo aplicar la ciencia médica para arrancarlo de las garras de la muerte. Esta mujer contaba que, cuando completamente derrotada regresó al hogar, empezó a clamar a Dios. Sin exigencia, ni reproche. Sencillamente le pedía con toda humildad que sanara a su hijo. Y el milagro se dio. Su hijo recuperó la salud. Esta mujer

terminaba su artículo con esta frase: “Me di cuenta que cuando no me quedaba nada más que Dios, él era suficiente.”

Y, ¿sabes, amiga mía? A veces yo también actúo igual. Busco primero por todos los medios la ayuda conveniente olvidando que Dios es suficientemente poderoso para ayudarme con mis hijos.

Cuando reconozco que no tengo la capacidad para convertirme en maestra, enfermera, psicóloga y hasta veterinaria, vuelvo mis ojos al Señor, humildemente le pido sabiduría, y vez tras vez confirmo que él es suficiente.

8. La oportunidad de superarnos

Conocimos hace algunos años a una hermana muy entusiasta y sincera en su relación con el Señor. No había terminado sus estudios en la escuela primaria (elemental) y sentía la necesidad de regresar a la escuela, pues sus hijos mayores le hacían algunas preguntas que ella no podía contestar.

Cuando habló con mi esposo para pedir su opinión al respecto, ella le dijo:

“Yo sé que va a ser muy difícil porque mi mente ya no está acostumbrada a estudiar. Además, tengo un poco de temor que se burlen de mí o de mis hijos si regreso a la escuela.”

Mi esposo, quien es de la opinión de que todos deberíamos constantemente procurar superarnos en el estudio, le animó a vencer sus temores y a inscribirse en una escuela especial para adultos.

Meses después, la hermana nos comentaba con una genuina satisfacción cómo sus niños estaban orgullosos de ella. A todos sus compañeros les comentaban que su mamá estaba estudiando. Además, ella se sentía muy feliz de poder realizar su sueño de aprender a leer y a escribir. Cuando sus vecinas vieron su decisión, le fueron imitando y un buen grupo se reunía a estudiar junto con la hermana. En cierta ocasión ella me comentaba la oportunidad que tenía de compartir su fe con ellas.

Muchas veces necesitamos el estímulo de nuestros pequeños para reconocer que bien vale la pena estudiar un poco de cocina, o de corte y confección para elaborar nuestra propia ropa, o de primeros auxilios para atenderlos en sus frecuentes accidentes.

Y vale la pena aprovechar este tiempo. La inversión que hagamos en nuestra superación personal será gratificada abundantemente en un sentir de satisfacción y realización.

Enumerar todas las oportunidades y bendiciones que recibimos mientras nuestros hijos caminan por los primeros años de su vida ocuparía muchísimo más espacio que el que tenemos en esta ocasión.

¿Idealismo? No, ¡qué va! Sinceramente tuve que suspender mi trabajo en varias ocasiones para procurar reinstalar el orden en mi casa mientras mi hija gritaba desafortadamente, en tanto que su hermano menor la asía por los cabellos, tratando de conseguir el mismo juguete.

Sin embargo, ahora duermen y puedo acercarme a sus camitas para ver la paz que reflejan en su carita. La asombrosa confianza en que descansan recuperando sus energías para emprender mañana otro ataque en contra del aburrimiento y del orden.

Y al verlos así, pienso: ¿Cómo es posible que este regalo de Dios pueda estorbarme para continuar en una honesta relación con él? ¿Cómo puedo yo decir que no puedo servir a mi Señor porque mis hijos no me lo permiten?

Creo con todo mi corazón que la plenitud del gozo cristiano está en el servicio. Uno puede vivir la vida en Cristo sólo como uno de sus seguidores, a lo lejos, sin comprometerse. Pero si queremos vivir la vida abundante y victoriosa es menester convertirnos en sus discípulos.

Vivir la vida cristiana aceptando no sólo a Cristo como nuestro Salvador (los beneficios), sino también como Señor (el compromiso) hace la verdadera diferencia.

Si no lo vemos así, siempre encontraremos excusas. Hoy, porque nuestros niños son pequeños. El día de mañana, porque son grandes. No es que ellos sean el problema. Es que somos nosotros que aún no alcanzamos a comprender lo que significa seguir a Cristo.

Uno de mis maestros en el Seminario nos lo explicaba así:

“Podemos vivir la vida cristiana de dos maneras: como si lleváramos nuestro automóvil y le dijéramos a Jesús: ‘Ven conmigo, te invito para que tomes asiento aquí, muy juntito a mí. Ayúdame a manejar. Dime si paso con seguridad, si puedo dar vuelta, si voy muy rápido, si debo frenar.’ En pocas palabras, ‘sé mi copiloto’. La otra manera es tomar las llaves de nuestro auto y entregarlas a Jesús y decirle: ‘Aquí está mi auto, por favor maneja tú. Sólo quiero ser tu copiloto. ¡Vé por donde tú quieras que vayamos, y detente donde tú quieras que lo hagamos!’”

El hecho de ser madre no nos hace diferentes como cristianas. Nuestro compromiso es el mismo. Si conscientemente le he dicho al Señor: Ya no vivo

yo, mas vives tú en mí (Gál. 2:20) estamos aceptando una absoluta renunciación a nuestro yo.

¿Por qué, entonces, queremos manejar por nuestra cuenta la vida de nuestros niños? ¿Por qué no aceptar que no nos pertenecen; que son una gracia de Dios a nuestro cuidado, pero que definitivamente son suyos?

Cuando mi padre fue llamado al pastorado era ya un hombre maduro. Su única tristeza era pensar en todos los años de su juventud desperdiciados en el pecado.

Mis hermanos y yo variábamos en ese entonces entre los 10 y los 5 años y participábamos activamente en las decisiones familiares. Así que cuando fuimos al Seminario para que mi papá estudiara, todos habíamos dado nuestro voto de aprobación. Al llegar allí mi padre se entregó en cuerpo y alma al servicio de Dios, tal vez en un afán de recuperar el tiempo perdido.

Hace poco, conversando en una reunión navideña con mis hermanos y sus respectivas familias, mi papá me comentaba cómo en aquel tiempo él había orado así al Señor:

“Padre, voy a entregarme íntegramente a tu servicio. Voy a cuidar celosamente de tus cosas; por favor te suplico que tú cuides de las mías.”

Y obviamente estaba pensando en su familia.

Amiga mía, no quiero decir que tengamos que hacer lo mismo. Al tener el privilegio de ser madres, nuestra prioridad es la formación y educación de nuestros pequeños. De ellos daremos cuenta al Señor. Lo que sí puedo asegurarte es que Dios respondió a la oración de mi padre. Dios cuidó celosamente de nosotros.

Cuando pensaba en algunas de las “excusas” que usamos para no involucrarnos mucho en el servicio cristiano, no pude menos que temblar al pensar que algunas de ellas sean nuestros niños.

Prefiero enumerar algunas oportunidades por el hecho de sentirme altamente privilegiada por el Señor al depositar en mi hogar a dos seres a través de los cuales recibo tantas bendiciones.

¿No crees tú, mi amiga, que cuando pensamos en todo lo hermoso que Dios nos da a través de nuestros hijos, es imposible encontrar razón alguna para usarlos como pretexto para no cumplir la voluntad de Dios?

Cuando noto la velocidad con que el tiempo marca a mis hijos, al tratar de abotonar un vestido ya demasiado pequeño para mi querida niña, o trato de acunar en mis brazos a mí bebé sin que estos den ya suficiente espacio para su cuerpecito, pido a Dios que me permita aprovechar el tiempo con ellos.

Sin importar cuánto ocupe de mis días levantando juguetes o limpiando sus pequeñas huellas impresas en las paredes.

Algún día, muy pronto, el cuarto de mis niños estará vacío. Entonces... sólo entonces, valoraré realmente todas las oportunidades que mis pequeños hijos me dieron para servir al Señor y para hacerme mujer.

Para discutir en grupo

- 1.** Si la hermana María X argumenta que no asiste a los cultos porque su hijo pequeño se enferma si lo saca por las noches, ¿qué ayuda podrán darle usando la Biblia?
- 2.** En una reunión de la Sociedad Femenil, la hermana Fulanita pide que oren porque no puede asistir ya más porque sus niños dan “mucha latan en el templo. ¿Cómo podrían ayudarle a solucionar su problema?
- 3.** Al visitar a una hermana que ha dejado de asistir, nos comenta que su esposo ya no la deja ir porque su niño se cayó en el templo la última vez que fueron. Ambos son cristianos. ¿Cómo ayudarían a estos padres?
- 4.** En un hogar cristiano, el padre ha pedido a la madre que se dedique exclusivamente a la atención de sus niños pequeños. ¿De qué manera puede ella continuar sirviendo al Señor sin desatender la petición de su esposo?
- 5.** ¿Hasta qué punto debe una madre cristiana aceptar responsabilidades que la alejen de sus hijos cuando éstos son pequeños?

3. La madre con hijos adolescentes y jóvenes

Beatriz Tomicich de Licatta

Recuerdo con simpatía una sencilla anécdota protagonizada por mi hijo menor cuando sólo contaba cuatro años de edad. Viajábamos él y yo en un ómnibus y a nuestro lado iba sentada una señora mayor, a quien evidentemente le gustaba conversar. Me hizo varios comentarios acerca de lo bonito que era el niño, de lo gracioso de su modo de hablar, para finalmente preguntarme si ése era el único hijo que tenía. Yo le respondí: “Tengo tres varones.” Entonces Juan Marcos rápidamente me corrigió: “Cuatro, con mi papá.”

Varios años después, ya superada la que en ese momento creí la etapa más difícil de mi experiencia de madre, puesto que mi tiempo se dividía en ordenar la casa, preparar mamaderas, lavar pañales (ya que en aquel tiempo no los había descartables) y correr todo el día detrás de mis tres “adorables angelitos”, sonreí muchas veces recordando la inocente frase de Juan Marcos: “Cuatro varones.” Mejor dicho ahora, tengo cuatro hombres para atender, lavar su ropa, preparar comida que consumen con apetito voraz (especialmente los dos adolescentes), y no olvidarme de los horarios de clase en la universidad de los dos mayores, y de la secundaria del menor, además de todas sus otras actividades que requieren que esté pendiente de tener su comida a tiempo y las cosas necesarias en orden, de modo que todo marche por sus debidos carriles en la casa.

Hace unos días la mesa de mi comedor estaba tapada por dos mil ejemplares del boletín de la Asociación de Iglesias Bautistas de Rosario, ciudad donde vivo en Argentina. Los boletines debían ser compaginados, abrochados y empaquetados para ser distribuidos entre las treinta y tres iglesias que componen la Asociación. Luego del almuerzo, mis hijos se ofrecieron a ayudarme, y la tarea que a mí sola seguramente me hubiera llevado toda la tarde, entre los cuatro la hicimos en menos de dos horas. Al terminar, me senté a descansar un poco y reflexioné:

“Gracias, mi Dios. Te alabo con todo mi corazón porque a través del tiempo me has enseñado la manera de poder ser una administradora fiel en tu obra, a pesar de mi responsabilidad como esposa y madre de hijos adolescentes y jóvenes.”

No ha sido fácil descubrirlo, pero a través del tiempo el Señor me ha revelado varias cosas.

En primer lugar, que él me ha llamado a ser su servidora y a administrar sus misterios (1 Cor. 4: 1) en las condiciones que él preparó para mí.

En segundo lugar, que no solamente me llamó, sino que espera que yo responda con fidelidad (1 Cor. 4: 2) y que eso significa hacerlo, y hacerlo bien.

En tercer lugar, que mi situación, con las características personales que pueda tener, no es algo que no le suceda a muchas otras mujeres cristianas que, como yo, desean ser fieles servidoras del Señor. Si ellas lo logran, no tengo por qué ser yo la excepción.

En cuarto lugar, que muchas veces me he sentido tentada a usar mi situación personal y familiar como una excusa para no cumplir con lo que el Señor espera de mí, aun cuando sé claramente que la principal calificación para un siervo es que sea hallado fiel; en otras palabras, que cumpla con su responsabilidad tal como su Amo lo espera de él.

Finalmente, resistiéndome al principio, pero luego aprendiendo a dejar que Dios manejara la situación a su manera, logré transformar los aparentes inconvenientes en preciosas oportunidades de servicio que me llenan de gozo. Estas oportunidades no solamente redundan en bendición para mí en lo personal, sino que me ayudan a estimular a mis hijos para que ellos también puedan descubrir el secreto de una vida cristiana fructífera como colaboradores de Dios en su plan de salvación de todos los hombres a través de Jesucristo.

La mayoría de las personas tenemos la tendencia a considerar nuestra situación personal y la etapa de la vida por la que estamos atravesando, como la más difícil, especialmente con relación a los hijos. He podido comprobar esto al trabajar con matrimonios de distintas edades. Al escuchar el modo en que evalúan su situación particular como la más difícil de sobrellevar, me doy cuenta de que la mayoría expresa la esperanza de que, superada esa etapa o ese tiempo de su vida, la cosa va a mejorar notablemente.

Generalmente los matrimonios con hijos pequeños están esperando, como yo misma lo hacía, que éstos crezcan para poder estar más libres y tener más tiempo para realizar lo que les gratifica o desean hacer y que, a causa de los niños, no pueden lograr ahora. Los que tienen hijos adolescentes, inmersos en la problemática de la rebeldía o la apatía, la disconformidad, el desmedido interés por algo, la abulia o el excesivo activismo de sus muchachos, esperan que esta etapa sea superada y llegue a la edad de la juventud, para que los ánimos se aquieten y todo se vuelva normal. Los padres de hijos jóvenes envueltos en el torbellino de las grandes decisiones de trabajo, noviazgo y casamiento, creen que pasado eso podrán disfrutar de tranquilidad y de más tiempo para cumplir con sus muchas veces postergadas aspiraciones

personales. Y así, en cada etapa, se encuentran motivos por los cuales sentirse presionados como padres a causa del tiempo, dedicación y esfuerzo que el serlo implica.

En el caso de la madre con hijos adolescentes y jóvenes se produce un importante cambio en cuanto a su responsabilidad para con ellos: ya no tiene necesidad de atenderlos permanentemente como cuando eran niños. Por lo tanto, hay un gran alivio acerca de la demanda de tiempo y esfuerzo de su parte; pero también con el crecimiento físico, emocional y espiritual vienen aparejados problemas y situaciones que demandan mucho de ella. Esto muchas veces me ha llevado a exclamar: “¡Era preferible cuando eran chiquitos!”

1. ¡Pero... no puedo!

Quizá tú también estés atravesando, como yo, por esta etapa. Tal vez te sientas cansada y te veas tentada a pensar, igual que yo alguna vez:

“Estoy muy ocupada con mis deberes de esposa y madre; mis hijos me necesitan; no tengo tiempo de trabajar en la obra del Señor.”

¿Sabes que para mí fue maravilloso indagar en los ejemplos bíblicos y descubrir que Dios nunca llamó, para servirlo, a personas que no tuvieran nada que hacer, sino precisamente a los que ya estaban ejecutando algún trabajo? Parece que él no prefiere a los “desocupados”. Si eres una persona normal, física y mentalmente apta, no puedes esperar que llegue un momento en tu vida en que “no tengas nada que hacer”. Cada etapa trae aparejadas responsabilidades y trabajos que deberás cumplir. Tal vez cuando las miras a la distancia o en otras personas, estas responsabilidades te parecen fáciles o mejores, pero en el momento y a la edad que a ti te toca atravesarlas puede no ser tan así.

Tal vez estés diciéndote: “Cuando mis hijos se casen y quede sola con mi marido, tendré más tiempo y podré hacerlo.”

La Biblia dice: “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas” (Ecl. 9:10). El Señor conoce tus capacidades, tus limitaciones, el tiempo de que dispones, tus fuerzas y tus responsabilidades en tu hogar. Con todo eso bien claro en su mente infinita, está deseando utilizarte como su colaboradora. ¡Qué gran privilegio! El no te está pidiendo que desatiendas tu casa, ni que cuando tu esposo o tus hijos lleguen con hambre tú no tengas la comida preparada. Tampoco, que cuando necesitan una camisa limpia y planchada, no la encuentren. Sólo te dice: “Todo lo que esté en tu mano (o en tus posibilidades) hacer, hazlo con todo empeño.”

Cuando ellos se vayan de tu casa y quedes sola, quizá pueda presentarse otro impedimento que te lleve a añorar el tiempo y las oportunidades de que dispones ahora.

A lo mejor también estés considerando: “Después de todo, la Biblia enseña claramente que la prioridad, luego de Dios, es la familia.” Debo confesarte que soy una fanática defensora de lo que considero las prioridades en la vida de una mujer cristiana. Y así entiendo que la prioridad número uno es Dios como Señor, como aquel que merece toda nuestra adoración, como el Ser Supremo con quien necesitamos tener comunión y contacto. Si no, dejamos de estar vivas. La prioridad número dos es la familia: el esposo, los hijos y una misma. La prioridad número tres es el servicio al Señor.

Pero también debo confesarte que muchas veces me he descubierto a mí misma usando como excusa a mi familia para no servir al Señor. Por otra parte, otras veces he sido culpable de irme al otro extremo, rompiendo el equilibrio, al descuidar a mi familia para trabajar en la obra del Señor en un activismo excesivo. Quizá a ti te pase como a mí, que todavía no me resulta fácil mantener en orden mi escala de valores. Pero he ido aprendiendo a hacerlo a costa de muchos errores. Ahora tengo la certeza de que Dios, en cada momento de mi vida, va a darme la sabiduría que necesito.

Sí, él quiere utilizarte; él sabe cómo hacerlo en cada momento y en cada circunstancia de tu vida. El no es un “patrón abusador”, sino que te respeta, te considera y te ama. ¡Cómo no hacer todo lo que esté de tu parte para agradarle!

Tal vez estés pensando:

“Si llego a estar muy ocupada en las cosas del Señor puedo provocar rebeldía en mis hijos al no poder atenderlos tanto como ellos me necesitan.”

Personalmente conozco el caso de hijos que por haber sido descuidados por sus padres o madres (sobre todo tratándose de personas que sirven en el ministerio pastoral), han experimentado un rechazo hacia el evangelio. Esto los ha llevado a apartarse totalmente del Señor o a no querer saber nada de él. Sin embargo, también sé que una vida espiritual ociosa y estéril en el servicio no es de buen ejemplo ni de estímulo para los hijos. Los casos extremos son negativos, pero manejando el asunto con equidad y equilibrio, y sobre todo dependencia de Dios, el ejemplo de una vida ofrecida al Señor en el altar del servicio siempre es usada por él para bendición de los hijos, quienes se sentirán inspirados a desear imitar a sus padres. Aquí los ejemplos abundan mucho más que en el caso opuesto. He observado cuántos hijos de pastores ingresan al Seminario Teológico Bautista en mi país para prepararse para el

ministerio, y eso me llena de gozo, pues me hace ver que, a pesar de que ellos han visto tantas dificultades que sus padres debieron afrontar por servir al Señor, el privilegio que significa poder hacerlo es más grande y más valedero.

2. ¿Cómo transformar tus impedimentos en oportunidades de servicio?

Permíteme compartir contigo algunas pautas que para mí han sido patrones que me ayudaron a clarificar mis ideas para luego aplicarlas a mi conducta.

1. Tu actitud hacia Dios.

Hay en nuestra iglesia un chico que tiene la costumbre de referirse a Dios como el “Jefe Supremo”. Cuando debe emprender alguna nueva tarea o tomar una decisión, él dice: “tengo que consultar al Jefe Supremo”. Me gusta esta expresión porque me parece que nos ubica en el lugar justo con respecto al Señor. El es el Jefe, el Amo, el Dueño, y sus órdenes no son para ser discutidas, sino realizadas. En su Palabra hay muchas órdenes de parte de él hacia nosotros: “Id y haced discípulos a todas las naciones...” (Mat. 28:19 a); “He aquí yo os envío como a ovejas en medio de lobos...” (Mat. 10:16 a); “Me seréis testigos... hasta lo último de la tierra” (Hech. 1: 8), entre otras. El cumplir estas órdenes de Dios implica servicio en su obra a través de la iglesia local. Por supuesto, le servimos cuando estamos en nuestro hogar cumpliendo el papel de amas de casa, cuando le hablamos a nuestro médico de Cristo o cuando damos buen testimonio ante las vecinas, pero también le servimos desarrollando tareas y cumpliendo un ministerio dentro del Cuerpo de Cristo que es la iglesia, con los dones que el Espíritu Santo nos regaló cuando creímos en él y le entregamos nuestra vida.

De modo que no entra dentro de tus posibilidades, ni de las mías, el decir a Dios:

“Señor, no puedo servirte porque tengo que atender a mi esposo o a mis hijos... porque son pequeños (o grandes)... porque estoy muy ocupada... o porque no me siento bien.”

Simplemente eso no es posible porque él es el Jefe Supremo, y las órdenes del Jefe no se consideran, ni se discuten. Se cumplen.

Escuché la historia de una joven que sentía el llamado para servir a Dios, pero no se decidía a hacerlo porque su profesión se lo impedía. Ella era una gran concertista de piano, y esto ocupaba prácticamente todo su tiempo y sus esfuerzos. Ella era consciente de que, si aceptaba el desafío del servicio, seguramente tendría que dejar lo que tanto amaba y tantos años de preparación

le había costado: su carrera de concertista. Estuvo luchando por mucho tiempo en su corazón, pues amaba al Señor y sentía claramente que él le llamaba a un servicio más efectivo y más grande. Su pastor que conocía de su lucha interior oraba por ella. Un día, luego de un culto en el que el sermón había tocado precisamente el tema de la consagración a Dios, y habiendo el pastor observado que la joven lloraba quedamente en el último asiento del templo, se le acercó y le entregó un pequeño papel en el que había anotado dos palabras solamente: “NO” y “SEÑOR”, y le dijo:

“Te sugiero que pases tiempo orando a Dios y pidiéndole que él arroje su luz sobre tu confusión respecto a este tema. Luego de orar, mira el papel y piensa en las dos palabras que anoté allí. Si decides que Dios es tu Señor, tacha la palabra NO, y si decides decirle NO a él, tacha la palabra SEÑOR. Si él es realmente tu Señor, no puedes decirle NO.”

Por supuesto, no estoy diciéndote que debes renunciar a ser esposa o madre para servir a Dios. Pero deseo que esta ilustración te aclare el concepto que quiero expresar: necesitas tener muy clara la idea de que tú no tienes derecho a decidir si puedes o no, si quieres o no, si tienes tiempo o no, ya que el Señor nunca te pediría algo que no esté en tus posibilidades hacer. El te hizo madre, él te conoce y él sólo te pedirá aquello que puedas hacer “según tus fuerzas”. Claro que solamente debes hacerlo siempre y cuando sientas que realmente Jesucristo es tu Salvador y Señor porque has sido limpiada y lavada con su preciosa sangre vertida en la cruz del Calvario a tu favor.

Entonces servirle se transformará para ti en un privilegio que bien valdrá disfrutar, aunque a veces sea a costa de algún esfuerzo de tu parte.

2. Tu actitud hacia el servicio a Dios.

De cuál sea tu actitud hacia el Señor como tal, se desprenderá cuál será tu forma de ver y sentir el servicio que haces para él. Pablo, en 1 Cor. 3: 9, afirma que “nosotros somos colaboradores de Dios” para edificar sobre el fundamento que está puesto, “el cual es Jesucristo”.

¿Has tomado conciencia de cuál es la tarea que el Señor está dándote el privilegio de hacer? La tarea de predicar a Jesucristo, ofrecer, en su nombre, la oportunidad de pasar de muerte a vida a quienes están ignorando esta maravillosa posibilidad y por lo tanto están yendo camino al infierno. Es decir, colaborar nada menos que con Dios, el Creador y Sustentador del universo, aquel sin cuyo consentimiento y voluntad no se mueve la más pequeña hoja de un árbol, en la empresa que él ha considerado la más importante: salvar al pecador.

Quizá tú seas una mujer muy importante. Tal vez tengas un título que te habilita para desarrollar una tarea considerada de alto valor por el mundo. A lo mejor estás teniendo la oportunidad de estar realizando un gran servicio a tus semejantes como médica, enfermera o asistente social. Sin embargo, ninguna de estas tareas se igualará ni por asomo a lo que significa salvar un alma, rescatarla de Satanás, e introducirla en el reino de Dios. Por supuesto, todo lo hizo el Señor Jesucristo; el mérito es solamente de él. Pero en su gracia él te permite ayudarlo, colaborar con él, ser un instrumento útil por medio del cual alguien pueda conocerle.

Cuando llegues a descubrir esta grandiosa posibilidad y valorarla en toda su magnitud, dejarás de pensar, como una carga, en el puesto de maestra de escuela bíblica en tu iglesia, en tu cargo en el ministerio de evangelismo, en tu compromiso de dirigir una clase bíblica en tu hogar, o en cualquier otra tarea que estés haciendo para el Señor. Dejarás de verlo como algo que te impide hacer otras cosas, para verlo como la tarea más importante y más maravillosa en la que puedas estar involucrada. La verás como una tarea superior a cualquier obra filantrópica o a cualquier servicio que puedas estar haciendo, y como un privilegio que los seres humanos no merecemos, y que Dios, en su amor y misericordia, quiso otorgarnos.

Y los que te rodean, entre ellos tus hijos, captarán este sentir, y seguramente esto producirá un impacto muy importante en sus vidas.

3. Tu actitud hacia tu familia.

Muchas veces habrás oído la frase: “el primer ministerio de una madre son sus hijos”, y esto es una gran verdad. Yo estoy muy agradecida a mi suegra, quien desde que yo era muy joven me enseñó esto. No es bueno, por ejemplo, que estés enseñando la Biblia a los hijos de tus hermanos en Cristo, si no tienes tiempo o voluntad de enseñarla a tus propios hijos primero.

Pero formar a nuestros hijos en el camino del Señor, impregnarles del conocimiento de Dios y lograr que la relación de ellos con él sea una vivencia, no es solamente compartir con ellos las enseñanzas bíblicas, aunque esto no debe dejar de hacerse; es compartir una vida en la cual Dios y sus normas son lo más importante, y en la cual el amor es la regla principal de la conducta.

Dios en su Palabra nos enseña claramente acerca de nuestros deberes para con los hijos, como les enseña a ellos acerca de sus deberes para con los padres.

a. Considerar las pequeñas actitudes.

Siempre me ha impactado mucho la exhortación de Pablo en la carta a los Efesios: “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.”

Muchas veces me he preguntado en qué cosas yo puedo “provocar a ira a mis hijos”. Malcom Tolbert en su libro “Efesios, el Nuevo Pueblo de Dios” dice que: “el verbo *provocar* evidentemente se refiere a producir ira que resultará en amargura y resentimientos permanentes”.

Por experiencia propia sé que la mayoría de las veces las actitudes de otros que pueden hacerme enojar, a tal punto de producirme amargura y resentimiento difíciles de desarraigar de mi corazón, no son grandes ofensas o atentados contra mi persona o mis sentimientos; son esas pequeneces que tal vez la persona que me las provoca no le da importancia, pero que a mí me duelen y me ofenden tanto que me “provocan a ira”.

A partir de esta reflexión he aprendido a tener en cuenta las grandes necesidades y problemas de mis hijos, pero también los detalles pequeños. Sé que el hecho mínimo de que uno de ellos, por ejemplo, necesite particularmente un par de medias limpias para jugar un partido de fútbol, en determinado momento puede resultar en algo bastante enojoso si yo, por asistir a una reunión femenil o preparar un tema, olvido lavarlas.

He aprendido que respetar los horarios de la comida es algo muy importante para ellos, aunque no lo parezca así. Mi segundo hijo, Esteban, tiene un acendrado respeto por el rito familiar de sentarse a la mesa a las doce y treinta en punto para comer. Muchas veces he probado de disuadirlo diciéndole que en la casa de su amigo fulano a veces comen a las trece horas y otras veces a las catorce, y nadie muere por eso; incluso alguna vez lo he amenazado: “te mandaré a comer a lo de tu amigo, para que aprendas”, pero cuando logré percibir la satisfacción que para él significa regresar a casa a las doce y treinta y encontrar la mesa dispuesta y la comida lista, dejé de protestar y procuré complacerle con alegría en esto.

b. Tratar de que disfruten al ayudar en el hogar.

Esto es algo que no se consigue de la noche a la mañana. Pero es muy bueno aprender a estimular a tus hijos para que ellos se sientan motivados a ayudarte en las tareas hogareñas, de modo que tú te sientas aliviada y ellos se sientan útiles.

Si consigues que tus hijos te ayuden en alguna tarea en el hogar, por pequeña que sea, elógiales con sinceridad por ello. Su responsabilidad específica de

hijos no es hacer las tareas domésticas, solamente de colaborar; de modo que si lo hacen para ayudarte debes reconocerlo y agradecerse los. Tu actitud positiva seguramente redundará en una mayor disposición de su parte para volver a hacerlo y comenzarán a descubrir que se puede disfrutar fritando unas milanesas o tendiendo una cama para aliviar a mamá que está ocupada, siempre y cuando mamá no comience a protestar si el trabajo no quedó tan bien hecho como si ella lo hubiera realizado, y en cambio se muestra bien impresionada y agradecida por ello.

Por motivos de la Obra, y más aún siendo presidenta de la Convención Misionera de Mujeres de Argentina, debí estar fuera de casa en muchas ocasiones, a veces por más de diez días, cumpliendo compromisos de series evangelísticas, retiros, etc. En algunas ocasiones, estos viajes eran a lugares muy alejados e inclusive fuera del país. Esto significaba que mi familia tuviera que arreglarse sin mí en la casa. Muchas veces mi madre colaboró, mientras pudo hacerlo, yendo a cocinarles, arreglar su ropa, etc., pero luego mi esposo y los chicos debieron hacerlo ellos. Por supuesto, antes de salir, yo trataba de dejar todo lo más organizado posible: comida en el congelador, la ropa acondicionada, la casa bien limpia; pero de todos modos siempre fue muy placentero al volver, además de la alegría del reencuentro, compartir cómo habían cuidado y regado mis plantas, tendido las camas cada día, e incluso limpiado el piso ¡y hasta cocinado!

c. Enseñarles a participar del servicio al Señor.

Aun las propias tareas que realizas para servir al Señor pueden ser compartidas con tu familia. A mis hijos les encanta algunas veces ayudarme preparando algún cartel para una reunión, mecanografiando algún escrito que yo debo preparar, o ayudarme en otra tarea, como lo hicieron en ocasión de los boletines de la asociación.

Si logras trasuntar el amor que interiormente sientes hacia el Señor, la importancia que das a colaborar en la extensión de su reino y lo feliz que te hace servirle, y al mismo tiempo puedes hacer que tu esposo y tus hijos capten cuánto los amas y lo importante que son ellos para ti, ambos aspectos de tu responsabilidad de mujer cristiana se ensamblarán de tal modo que resultará en una excelente combinación que producirá felicidad a todos.

Pero esto debe partir de un sentir verdaderamente auténtico de tu corazón. Ya sabes lo que un doble mensaje puede resultar de negativo. Si lo que expresas verbalmente no va acompañado de lo que realmente sientes, se notará aunque tú no quieras, y seguramente tendrá un efecto contraproducente.

3. Tu actitud hacia ti misma

Pero aun así, al tratar de poner en práctica lo anterior, puede ser que alguna vez te veas movida a sentir autoconmiseración.

Realizar las tareas hogareñas, atender a tu familia, servir al Señor y encima dar ejemplo, servir de estímulo, enseñar, puede resultar bastante agotador.

En esto también deseo compartir contigo mi testimonio: de las tantas y tan maravillosas promesas que se encuentran en la Biblia, una de mis favoritas es Isa. 40:29-31:

“El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán.”

Esta promesa se ha transformado en una realidad en mi vida.

No te imaginas cuántas veces, al volver a casa luego de predicar en alguna reunión de mujeres o de visitar a un enfermo en el hospital o de repartir invitaciones, he llegado tan agotada que al abrir la puerta y recordar cuántas cosas habían quedado pendientes aún de hacer para cuando regresara, sentía deseos de echarme a llorar. Pero aprendí a optar por otra cosa: al principio leyéndola de la Biblia, y luego repitiéndola de memoria por ser tan conocida, decía varias veces la mencionada promesa. Al mismo tiempo, oraba al Señor que la hiciera realidad en mí en ese momento y le daba gracias por la seguridad de que así sería, ya que él es siempre fiel cuando nosotros le creemos. Inmediatamente me sentaba un rato, tomaba algo fresco, o un té, y emprendía la tarea realmente como si me hubieran brotado alas en los brazos y en las piernas.

Pero también quiero decirte que por servir al Señor no debes transformarte en una piltrafa humana. Estoy segura de que él no desea eso para ti ni para mí. Para esto hay un secreto: debes aprender a decir “no” cuando es necesario hacerlo. Dios ha repartido dones a todos los miembros de su iglesia, no a ti sola. De modo que tú solamente debes hacer la parte que a ti te toca, no la de los demás. Así que tomar más responsabilidades de las que puedes o debes, o descuidar el compromiso que voluntariamente asumiste delante del Señor de ser esposa y madre, o aun perjudicar tu salud, es también un gran error, ya que, además de todas las funciones mencionadas, estás tú misma.

Estoy convencida de que para funcionar bien en cada aspecto de la multifacética tarea de ser mujer, es importante estar en buena salud, descansar

lo necesario y mantener el debido equilibrio emocional que sólo se consigue cuando todas las áreas de nuestra vida están equilibradas.

Por supuesto, comparto contigo mis vivencias de esposa y madre de dos hijos adolescentes y un joven, que ha tratado de aprovechar todas las oportunidades de servir al Señor en esta etapa de la vida, consciente de que cada mujer es algo único para Dios; entendiendo, también, que él sabe tratar de modo especial con cada una. Por eso tengo la convicción de que si tú le permites obrar en cada circunstancia de tu vida, dependiendo de lo que él desea hacer y no de lo que a ti te parezca mejor, él lo hará de un modo perfecto.

Es cierto que tú, como yo, eres imperfecta, y eso hará que algunas veces fracasas, o te sientas desalentada, pero es interesante notar que cuando Jesús nos exhortó a tomar su cruz, o sea a humillarnos delante él para dejar que él viva su vida en nosotras, indicó que esto debía ser cada día. Me encanta pensar que cada nuevo día es una nueva oportunidad que Dios nos da para corregir nuestros errores y para tratar de hacer las cosas mejor. Así como cada etapa en la vida tiene un desafío para nosotras, también cada día es una nueva ocasión de hacer que esa etapa no sea un tiempo de fracasos sino de oportunidades bien aprovechadas para la gloria de Dios.

Para discutir en grupo

- 1.** ¿Cuáles son, a tu criterio, algunas de las características comunes a las madres con hijos adolescentes y jóvenes?
- 2.** ¿Qué otras excusas, además de las mencionadas en este capítulo, solemos esgrimir para no asumir nuestra responsabilidad de servir al Señor en su obra?
- 3.** Expresar en frases concisas qué es el Señor para cada una y cuál es su concepto del servicio a él, y discutirlos entre todas.
- 4.** ¿Cuáles serían algunas actitudes de una madre que trabaja en la obra del Señor que podrían provocar rebeldía en sus hijos?
- 5.** ¿Qué papel jugamos nosotras como seres que necesitamos desarrollar nuestra propia vida personal dentro de nuestra problemática familiar y de servicio al Señor?
- 6.** ¿Cómo harían para transformar impedimentos en oportunidades, al tratar de servir a Dios?

4. El nido vacío —

Una nueva y hermosa etapa por descubrir

Elena Corrales de García

Llegaron a la estación del tren minutos antes de la hora de partida. Un poco más tarde, después de despedir al último de sus hijos, Enrique y Dominga entraban a casa. Todo inmóvil y en silencio, todo exactamente como lo habían dejado. Una extraña sensación de quietud y soledad los había estado esperando en la sala como para asaltar sutilmente sus corazones luego de cerrarse la puerta detrás de ellos. Ella se quedó inmóvil, atenta a aquella atmósfera que los iba rodeando. De pronto, una certeza enorme surgió dentro de ella como la aparición de alguien desconocido: “estamos solos” pensó, sin poder evitar un extraño temor. Pero luego, una idea fresca siguió a la primera: “estamos solos... como al inicio”.

La mesa había sido pequeña para reunir a los siete hijos; y las nueve voces ocupaban sin cansancio todos los espacios de la casa. Tanto movimiento y tanto ruido y tan rápido... una después de otra se fueron acallando las voces y los pasos fueron dejando de sonar.

“Sólo dos platos ahora”... “menos comida”... “mucho silencio”. Tantas cosas pensaba Dominga mientras preparaba la mesa para ese primer almuerzo. Enrique en la cabecera... y ella en el otro extremo. Había quedado un vacío demasiado grande entre ellos.

Y en medio de ese silencio un acto sencillo marcó el principio de una etapa nueva. Dominga se pasó de su lugar y, llevando plato y cubiertos, se sentó al lado de su esposo, como al comienzo.

Dominga es mi madre, y Enrique, ahora con el Señor, mi padre. Y hoy, mientras escribo estas palabras, mi hija mayor prepara sus maletas para viajar a otro país con su esposo y su hija; dentro de cuatro meses mi segundo hijo partirá a otro continente para seguir estudios de postgrado.

Y aunque la vida pasa tan rápidamente, es hermoso levantar los ojos hacia nuestro Padre y pedirle con alegre confianza:

“Señor, enséñame a contar de tal modo mis días, que traiga al corazón sabiduría.”

1. La realidad que golpea

La realidad de un hogar vacío es tan antigua como el mundo. Así como nos preparamos para la llegada de un hijo, como dispusimos todos los detalles para el día de nuestra boda, debemos tener presente que el día en el que estemos nuevamente solos, cuando las voces de nuestros hijos se distancien de nuestra casa, es una realidad que hay que afrontar con alegría y gratitud. “Todo lo hizo hermoso en su tiempo”, dice la Biblia, y aunque por momentos esta verdad te parezca lejana y hostil, no deja por ello de ser valedera.

Dios quiere que disfrutes de cada etapa de tu vida a plenitud, y cada una de ellas contiene significado y belleza, porque así lo pensó nuestro Señor. No lo olvides, su voluntad es buena, agradable, y perfecta.

No hay períodos tristes si sabes cómo tu Padre quiere que los vivas. Prepárate para descubrir aquella nueva manera de vivir, aquel modo por el cual serás de bendición. Dios nos acompaña todos los días de nuestra vida y nosotros debemos pedirle que nos ayude a verlos como él quiere que los veamos, a valorar cada momento, “a contar de tal modo nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría” (Sal. 90:12).

En los planes del Señor para nuestra familia encontramos claramente el momento de la despedida de los hijos. Ellos van siguiendo el mismo camino que seguiste tú, que siguieron tus padres y que seguirán sus hijos. Así es como lo quiere Dios: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gén. 2:24).

Tú y yo debemos aceptar la necesidad de este momento, la necesidad de que nuestros hijos nos DEJEN por más dolorosa que pueda ser la partida. Las partidas, aun cuando estamos seguros de que se hacen bajo la dirección de nuestro Pastor, son siempre como partos, dolorosos y hasta violentos. Pero luego se asemejan a frutos maduros, como rayos hermosos de días nuevos.

Formar un hogar desde cero no es algo sencillo, lo sabemos bien; es imprescindible una serie de factores que, sumados al tiempo y, sobre todo, a la guía del Espíritu, permitan finalmente un ambiente estable y maduro para la pareja.

Es indispensable espacio y oxígeno para la vida y el crecimiento de un nuevo ser vivo. Y una nueva pareja es un ser vivo que necesita independencia para crecer en todas sus dimensiones. ¿Recuerdas cómo fue tu enamoramiento? ¿Cómo te gustaba estar sola con él? ¿Cómo disfrutabas de esos pequeños detalles que eran “sólo de los dos”? ¿Recuerdas ese mágico universo que se iba creando poco a poco y que sólo conocían ustedes dos? ¿Recuerdas, también, cómo te fastidiaba la gente en algunos momentos? ¿Cómo sentías la violencia

que se te imponía cuando alguien se “entrometía” en tus asuntos? Pues con mucha más razón hay que reconocer que un nuevo hogar, el de tus hijos, es un mundo aparte que debes respetar por amor a ellos. Aconsejar es bueno y necesario; orientar lo es también. Pero jamás viviremos por nuestros hijos. Sus decisiones son sólo tuyas, y aceptarlas es ahora nuestra nueva labor. Que ellos vean que les “dejamos ir” siguiendo el principio de nuestro Señor. Esta actitud les dará ese espacio que necesitan y, más aún, les abrirá una nueva dimensión de su amor hacia nosotros.

También tú necesitas estar sola en esta nueva etapa; irás descubriendo muchas cosas que nunca viste en tu esposo; verás el mundo y la obra de Dios con ojos refrescados; será el inicio de una nueva vida y tendrás las manos libres para emprenderla con alegría.

Quedarse sola siempre nos ha hecho pensar en un estado de abandono y tristeza; pero Dios no ve las cosas de ese modo, y no quiere que nosotros las veamos así. Dios ve nuevas cosas, así como uno ve más cuando se eleva al subir una montaña.

Al llegar esta etapa entramos en una atmósfera de sentimientos y sensaciones que frecuentemente nos inclinan hacia determinadas conductas. Con mucha facilidad caemos en estados depresivos y somos propensas a la melancolía. Por otro lado los cambios en nuestro organismo producen malestares que, a su vez, nos empujan a asumir una actitud fatalista y pasiva que desorienta nuestro modo de ver el mundo y nos hace hipersensibles.

Y es que un cambio tan notorio en las actividades y responsabilidades provoca en toda persona una sensación natural de decaimiento; aquel malestar por sentirse “inútil” o por lo menos no indispensable para otros. Es una sensación similar a la que sienten los trabajadores al llegar el momento de la jubilación; ese sentimiento de vacío ante el trabajo que ya no está es de algún modo el mismo que sentimos nosotras. Por eso debemos tener cuidado de no ver las cosas como las sentimos en un primer momento, sino como realmente son.

El libro de Eclesiastés dice que todo tiene su tiempo y, más adelante, que todo es HERMOSO en su tiempo (Ecl. 3: 1-11). A medida que pasen los años verás que la vida cristiana consiste, entre otras cosas, en descubrir lo hermoso que guarda Dios en cada uno de los tiempos que nos permite vivir.

Entender que es un tiempo nuevo el que te toca vivir, y no la decadencia de uno que ya pasó, te hará convertir esas inclinaciones naturales hacia la depresión y la amargura en características positivas que desde el primer momento serán de bendición para otros.

Tener en cuenta este principio que hemos llamado “tiempo nuevo”, y prepararse de antemano para su llegada, es una actitud saludable que, incluso, debes compartir con otras mujeres.

Tus hijos formarán hogares nuevos, y ello significa casi siempre mucho más de lo que nos imaginamos. Existe un dicho que reza: “los hijos se parecen mucho más a su tiempo que a sus padres”. Esto es muy cierto; no debemos esperar que esta nueva realidad formada (el nuevo hogar de nuestros hijos) copie nuestros patrones, nuestras costumbres e incluso nuestros valores. Es evidente dentro de un ambiente cristiano que los principios bíblicos deberán ser los mismos. Es lógico que esperemos que nuestros hijos eduquen a los suyos con la misma base doctrinal y ética; sin embargo, ello depende de cómo los hayamos educado cuando su vínculo con nosotros era el más importante.

Debes aprender a valorar y gozarte en la hermosura de lo nuevo. Tus nuevas hijas y/o hijos no fueron educados como los tuyos, y más aún, tus hijos no harán con sus familias lo mismo que hiciste tú. Todo se renueva en el universo de modo simple y maravilloso; una flor es distinta a otra, y no hay un cristal de nieve que se repita. Por eso la creación es perfecta y encantadora.

Recordemos también que es necesario un tiempo de amoldamiento en las relaciones. Que lo que será definitivo se da de un modo progresivo y no siempre fácil. Por ello nuestros consejos y apoyo deberán ser constantes, pero prudentes al guardar el lugar que les corresponde. El consejo debe ser sólo eso, no una imposición; y el apoyo debe ser una actitud solidaria, no un partidismo que cree división o conflicto.

La oración sincera es, en esta nueva etapa, un arma que deberás ejercitar con mayor empeño. Debemos aprender también a orar tanto por nosotras mismas como por otros. Con mucha facilidad el enemigo nos puede convencer de que somos dueñas de cierta verdad, de que algo sólo es del modo como lo vemos nosotras, y entonces tomamos un problema ajeno como personal.

2. Todos queremos estar solos

¿Qué implica el “dejar padre y madre”? ¿Hasta qué punto el hijo o la hija dejan a sus padres al unirse con sus parejas? Es necesario que respondamos satisfactoriamente a estas preguntas para poder actuar de un modo correcto, ya sea como hijos o padres.

Es evidente que el texto bíblico no se refiere a un abandono ni a un menosprecio a la autoridad paterna. Ningún mandamiento es anulado, y el de honrar padre y madre no es una excepción. Las Escrituras se refieren a un cambio en la relación, no a una ruptura. Dejar es cambiar lo que antes era;

dejar ciertos elementos del vínculo con un fin concreto: unirse a otra persona y ser una sola carne.

Para ello es indispensable cierto tipo de separación en cuanto al vínculo de dependencia, mas no necesariamente debe ser una separación física.

En el mismo pueblo hebreo encontramos la costumbre de convivir de modo muy cercano una familia con la otra. Los padres vivían y desarrollaban actividades en comunión estrecha con las familias de sus hijos. Muchas costumbres han variado desde esa época hasta nuestros días, incluso el criterio de autoridad; sin embargo, es claro el principio de que la separación no implica, de modo necesario, un alejamiento físico.

En la actualidad, y especialmente en nuestra cultura latina, es cada vez más frecuente que los padres compartan con las familias de sus hijos una misma casa, o por lo menos un espacio cercano. La situación económica en muchos de nuestros países hace que sea muy difícil para una nueva pareja tener “el techo propio”. Entonces los padres, con mucha buena voluntad, arreglan su casa para poder acoger a la nueva familia, o ayudan a construir algo en el mismo terreno, o directamente comparten lo que tienen. Esta situación hace más difícil, aunque no imposible, que se dé esta separación. De algún modo la mayor proximidad hace que la necesidad de la afirmación bíblica se muestre con mayor claridad. Mientras todos los que compartan este ambiente ocupado por dos o más familias (dos o más nidos) sepan cuál es la función que les corresponde y sepan guardar con discreción esos invisibles límites, la convivencia podrá ser armónica y placentera.

Tú debes preguntarte constantemente cuál es el lugar que te corresponde y debes aprender a guardarlo. Es una tentación muy sutil el querer abarcar espacios en los cuales, como padres, creemos que podemos y debemos intervenir. Sé discreta y confía en que, si guardas el nuevo lugar que Dios te asigna, él obrará a través de tu reserva como antes lo hizo con tu acción.

3. ¿Cuándo se vacía el nido?

¿Cuándo queda vacío el hogar? Quizá no te diste cuenta, pero desde el momento en que los hijos dejan el vientre materno comienza un largo proceso de separación. Se va extendiendo una continua senda al lado tuyo, por la cual ellos transitan y, muy lentamente, sus pasos se alejan siguiendo su propio rumbo. Así es como Dios lo planificó para todos.

El nacimiento de tu hijo llenó todas las horas del día; no acababas de alimentarlo y ya su llanto te apuraba para que le cambiaras los pañales, y luego lavarlos (a él y a los pañales). Luego lo hacías que durmiera. Estabas

constantemente atenta a su salud y a esa tosecita que te tenía preocupada... y así pasó ese tiempo. Más adelante lo veías jugar con otros niños, tropezarse y llegar a la escuela; entonces el tiempo se ordenó de un modo distinto, las preocupaciones tomaron otro rumbo: las tareas, que no le distrajera mucho el televisor, que no rompiera los zapatos. Tuviste tiempo para otros trabajos, para cuidarte más a ti misma y a tu esposo, al que tenías algo relegado (eso, si no llegó el hermanito que tomó la posta del anterior). La adolescencia no tardó mucho, y mientras antes sentías que, pese a todo, podías dominar la situación, ahora no encontrabas ninguna explicación al péndulo anímico de tu hijo. Ese deseo compulsivo de alejarse de tu, y al mismo tiempo aquella evidente necesidad de afecto que no sabías como entregarle, te hacía por momentos perder la cabeza. Su adolescencia fue para tí la señal más clara de que su vida se iba distanciando de la tuya. De pronto ya es mayor de edad y, aunque no lo hayas sabido tú, ya debe de haberse enamorado algunas veces...

Si durante todo ese tiempo no lograste mantener una comunicación sólida, tu nido hace mucho ya se fue quedando vacío. Porque un nido, un hogar, se define como el espacio donde **convivir** y **comunicarse** forman una unidad indisoluble. Durante cada etapa de tu vida familiar debes luchar por ese nido; porque en él se viva en comunión y en armonía.

Con el tiempo llegan las separaciones: primero algunos viajes entre amigos: al terminar el colegio muchas veces los hijos nos dejan por seguir estudios en lugares apartados o aceptar empleos en otras ciudades. En estos casos su hogar sigue siendo el nuestro y debemos cuidar de que al regresar ellos lo sientan de inmediato.

Tal vez sus alas no han crecido lo suficiente; son temerosos e irresolutos, pero tienen que vivir solos, enfrentar la realidad de esa separación, y aprender en el camino todo lo que resta conocer. Es imprescindible mantenerse comunicados; escribir y compartir mutuamente sucesos del hogar y del estudio. ¡Que importante es, para que ello sea una realidad, que nuestra comunicación haya sido en todo tiempo franca y sincera, abierta y receptiva! Si no supimos escuchar y aceptar a nuestros hijos mientras los tuvimos cerca será muy difícil que ellos se acerquen a nosotros al estar lejos.

Y, más aún, ¡qué importante es que les hayamos conducido con amor hacia la Palabra de Señor! Recuerda que en todo momento tu hijo necesita más de Dios que de ti misma. Si no le mostraste esa necesidad y la fidelidad de ese Dios en los primeros años perdiste muchísimo.

Mientras tu hijo está lejos no debes estar de brazos cruzados esperando la llegada del cartero. Tengo una amiga que se trasladó a otro país; su hogar está abierto a muchos jóvenes que viven solos en la ciudad. No hay una Navidad o

festividades nacionales que no reúna bajo su techo a coreanos, ecuatorianos, peruanos, todos jóvenes estudiantes que están lejos de sus hogares. Podrá ser que tus hijos no te acompañen, pero tu hogar puede ser abierto a “otros hijos” que pasan por la misma experiencia que los tuyos. Entonces, tu hogar no quedará vacío... menos aún tu afecto y tu vida toda.

4. Una etapa de perspectivas y posibilidades

Al encontrar la manera correcta de asumir esta nueva etapa de tu vida y comenzar a vivir de acuerdo con ello con el apoyo del Señor, descubrirás toda una nueva dimensión de perspectivas y posibilidades. Entenderás que ese espacio vacío que en un momento sentiste como desolado es el ámbito que Dios te abre para nuevas empresas. ¡Cuidado!: no se trata de “llenar” tu tiempo libre con una y otra actividad para así “olvidar” la tristeza del corazón. Los planes de nuestro Señor nunca incluyen el escapismo. Es que tu vida y tu hogar ahora deben cumplir nuevas funciones, porque así lo quiere Dios, **porque ha llegado ese tiempo.**

a) Mirar hacia atrás.

Muchas veces pienso que deberíamos escribir en un cuaderno las veces que suspiramos y decimos:

“¡Cuando tenga tiempo voy a hacer tal o cual cosa!” Estoy segura de que todas las madres pueden recordar sueños que han quedado postergados por “falta de tiempo”.

Un curso que quisiéramos completar, un bordado que soñamos hacer, un instrumento que nos gustaría dominar, un idioma que siempre quisimos aprender.

¿Y qué de nuestro servicio al Señor en la iglesia? Casi seguramente tú no estás conforme con lo que has hecho o lo que estás haciendo. Sientes que puedes y debes hacer algo más: probar nuevos ministerios, incursionar en nuevas áreas, enrolarte para cantar en el coro. ¿Cuántas veces dijiste “algún día voy a...”?

¡Este es el momento! ¡Ahora es el día!

b) Mirar a tu alrededor.

No faltarán jóvenes en tu comunidad o en la iglesia que necesitan consejo: sé su amiga. Pide a tu pastor la dirección de personas que requieran atención especial y visítalas. Pudiera ser que te agrade arreglar y decorar ambientes,

entonces puedes utilizar tu talento en la iglesia, en los departamentos de la escuela dominical, o en el santuario.

Si te ha gustado hacer ropa para los tuyos, puedes preparar algunas prendas para los niños necesitados.

¿Eres hospedadora? Sería una buena ayuda disponer de un cuarto en tu hogar para recibir a los pastores o líderes que predicán el evangelio (o a otras personas), y ¿por qué no dar una clase de cocina a algunas futuras esposas?

Sal a caminar con tu esposo; comparte con él la lectura de un libro. Adquiere el hábito de escribir cartas y de comunicarte con familiares y amigos de los que te has ido distanciando.

Intercede ante el Señor por otros. Enseña una clase en la escuela dominical. ¡Muchísimo podrías hacer, y es tanta la necesidad!

Deut. 33:25 b dice: “como tus días serán tus fuerzas” y las promesas del Señor son para siempre. Sí, este es el tiempo que te toca vivir, y tu Señor promete fortalecernos según se extienda el plazo de nuestros días.

c) Mirar hacia adelante.

Es el momento, si aún no lo han hecho, de que tú y tu esposo se preparen **seriamente** para los años futuros.

Hay más de una mujer que, cuando sale el último hijo de su casa es como si “bajaran la cortina” de su vida. Piensan que su misión está cumplida. No se imaginan que puedan seguir siendo útiles, y se sientan resignadamente a “esperar lo que venga”.

Gracias a los avances de la medicina, a las mejoras en la educación en cuanto a la salud, a ciertas ventajas del mundo moderno, el promedio de vida de los seres humanos se está prolongando. Tú y tu esposo tienen que prepararse para muchos años productivos por delante.

Para discutir en grupo

1. ¿Cómo te preparas para el tiempo en que tu hogar quedará “vacío”?

Escribe tres cosas que has hecho o quieres hacer ahora para esa preparación.

2. ¿Cómo puedes determinar qué tipo de relaciones mantendrás con los hijos cuando éstos salgan del hogar? Escribe tus sugerencias.

3. Piensa en dos cosas que has querido hacer por mucho tiempo y las has postergado. Escríbelas.

4. ¿Qué cualidades y habilidades respecto a tu servicio al Señor quieres desarrollar más plenamente al llegar esta nueva etapa?

5. ¿Cómo te relacionas con tu pareja, a fin de asumir con expectativa y gozo el hecho de ser nuevamente “sólo dos”?

Medita de un modo personal y luego ora:

6. ¿He estado viviendo un sentimiento fuertemente nostálgico o depresivo?

¿Siento que eso no me ha permitido mantener una actitud agradecida hacia el Señor?

7. ¿Deseo asumir este nuevo período con alegría y vitalidad espiritual?

Busca y analiza tus dones y prepárate para la nueva acción. Comparte, con quien creas que lo necesita, lo que has aprendido y en qué medida has sido desafiada con la lectura de este capítulo.

5. La edad de plata, una etapa de maravillosas posibilidades

Eda Garnier de von Leers

“Oh Señor, ninguno hay como tú entre los dioses,
Ni obras que iguales tus obras.
Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán
delante de ti. Señor...” Sal. 86: 8, 9.

Mis ojos recorrieron con avidez el enorme estadio. Era algo realmente maravilloso. Casi debía pellizcarme para estar segura de estar allí. Pero el bullicio, la alegría, los cantos y los millares de banderitas y pañuelos que se agitaban en el aire me trajeron a la realidad. Verdaderamente yo estaba presente en esta campaña del doctor Billy Graham y al lado mío estaba mi marido, mi amado compañero. Las lágrimas rodaron por mis mejillas y yo las dejé fluir libremente, casi triunfante. Nosotros estábamos allí, asistiendo a un espectáculo imponente, pero también a un milagro sin igual, el nacimiento a una nueva vida en Cristo de miles de personas.

De pronto irrumpieron ciento de jóvenes atletas corriendo alrededor del estadio. Traían una antorcha encendida. Era el símbolo del evangelio transmitido sin apagarse de una generación a otra y yo me encontré pensando en mi vida, como algo en continuo movimiento, sin pausas. ¿Cuándo dejé la niñez para convertirme en joven? ¿En qué punto la madurez interrumpió los sueños juveniles? ¿Podía yo decir qué día terminó la etapa de criar a los hijos? Aquí estaba yo en la edad madura, pisando la tercera edad, e inevitablemente me puse a hacer el balance mental de esa carrera que se llama vida. ¿Traía yo la antorcha del evangelio?

Recordamos juntos mi marido y yo los largos años en que proyectáramos tantas películas de campañas semejantes a ésta, ¡cuántas vidas tocadas y cambiadas por el poder de Cristo el Señor, y ahora él nos concedía la gracia de vivir esas jornadas inolvidables. ¡Qué maravillosas posibilidades nos está dando en estos tiempos de madurez, que atesoramos como un regalo para nosotros!

Nunca pienses: “soy demasiado mayor...” o “estoy demasiado cansada para hacer esto o aquello”. Piensa, más bien, que si la oportunidad se te acerca es porque quizá el Señor quiere usarte para lo mejor.

“Dios es el que produce el querer y el hacer por su buena voluntad”, —
Fil. 2:13.

1. Todo sirve

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”, 1 Tes. 5:23.

Cuando tenía ocho años, mi prima Juanita me dijo un día: “Yo no voy a morir nunca; Jesús me va a venir a buscar y me llevará con él.” Entonces, con lógica de niña pensé: “...si ella que tiene mi edad no va a morir, yo tampoco moriré”.

Esa conversación infantil, que tuvo lugar en una casa de campo donde yo estaba de vacaciones, me marcó profundamente, y a lo largo de la vida la voy recordando siempre. Juanita vive, y yo también. ¡Hay esperanza que Jesús venga a buscarnos y no veamos la muerte!

Te contaré algo de esos años y de mi amistad con Juanita. Ella provenía de un hogar de familia numerosa, los padres y ocho hermanos de los cuales ella era la menor. Era, además de mí prima, mi compañera de correrías. Yo era infatigable. Sus hermanos me hacían toda clase de bromas, puesto que yo era la “pueblera” que estaba de visita y ellos los dueños de la situación. De esos recuerdos conservo la dulzura de las tardes de campo. El tiempo del atardecer, los mayores sentados bajo el parral descansando y repasando los sucesos del día, y nosotros los chicos jugando infatigables a las escondidas. El largo cabello de mis primas era rubio dorado, y ellas me permitían peinarlo para mi deleite.

Al recordar todo aquello, puedo casi percibir el olor de los dulces que se cocinaban invariablemente en la gran cocina de hierro, señora del lugar, y escuchar las canciones alrededor del piano... porque en aquella casa se cantaba, ¡sí señor! Con entusiasmo, y seguramente desafinando un poco.

Recuerdos de la infancia, ¿quién no los tiene? Pero lo que también tenía esa casa era devoción, natural y rutinaria. Se sabía que después de la cena venía el culto familiar, y ahí estaba el padre con la vieja Biblia de la familia leyendo su porción diaria entre los disimulados bostezos de nosotros los menores. Te cuento esto porque es importante saber que los niños nos miran. Yo no me acuerdo qué leíamos, pero sí que leíamos la Palabra de Dios, y Juanita sabía que el Señor nos vendría a buscar.

Mucho después aprendí a conocer y amar ese acontecimiento precioso, esa espera constante de todos los creyentes. Lo aprendí con el intelecto, con la fe, y por las evidencias. Pero aquella primera vez que la fe de una niña de ocho años me lo transmitió, se quedó para siempre en mi vida. Te invito a que esperemos juntas la venida del Señor. Después de todo, somos de la generación de Juanita.

2. Tomados de la mano de Dios

Me levanté de mi escritorio y fui caminando por el departamento. ¡Qué lejos estoy de aquellos recuerdos de la infancia! Ahora soy una mujer adulta, como te dije, casi entrando en la tercera edad, y estoy en Buenos Aires, Argentina, hace solamente dos meses y unos días.

Mi marido y yo hemos comenzado lo que yo llamo “la aventura otoñal”; suena romántico, ¿no lo crees?

Hasta hace muy poco vivimos casi toda nuestra vida en el interior del país en una pintoresca ciudad sobre la costa del río Paraná. Allí criamos a nuestros seis hijos en una gran casa rodeados de patios enormes con árboles y muchos niños, los amigos de los chicos que siempre estuvieron alrededor de nosotros. Fue una hermosa etapa. ¡Gracias, Señor por ella! Gracias por toda la felicidad que nos diste, por las pequeñas alegrías, por la dicha de estar juntos, por las lastimaduras que se curaban con un beso, por las inclinaciones comerciales de mi hijo pequeño que cobraba entrada a sus amigos para que subieran a los enormes árboles de nísperos a comer los dorados frutos.

Eso es la familia, los recuerdos comunes, el haber enfrentado los mismos problemas, el interés de todos por la fiesta de graduación de una de las chicas, o el ir a los campamentos, o los cuchiños de las hermanas en la cama a la hora de dormir. ¿Cuándo no estuvo presente la familia? Recuerdo aquella vez cuando un auto atropello a Mariel y le quebró la pierna. Por esta razón tuvo que permanecer muchas semanas en cama. Siempre hubo una hermana que le leyó un cuento, o alguien que peinó sus largos cabellos. También le escribí una poesía para consolarla. Una familia es orar por las necesidades de cada uno, y también en la nuestra fue enfrentar la gran crisis de la operación del papá. Tiempo difícil. Riesgo de vida. Cuatro “by-pass”, pero lo pasamos, de la mano de Dios; y ese es el simple secreto: la mano de Dios.

Ahora terminó esa etapa, pero no la familia. Los hijos se casaron o se fueron a estudiar, y nos quedamos solos en la gran casa. Quizá tu pienses: “¡pobres!, ¡a llorar!” Pero no, ¡adivina!, el Señor nos tenía preparada otra etapa para vivir, y como era de la mano de él, la comenzamos confiados y felices. Mira si somos afortunados. Estamos juntos, nos acercamos a nuestros hijos, mi esposo está bien y el Señor nos da la mano. ¡La mano de Dios! No la sueltes, amiga; no sé cuales son tus circunstancias, pero siempre que el camino de la vida tiene un recodo y no vemos por donde sigue, si vas tomada de la mano de Dios seguro que llegarás al buen camino. ¿Sabes cuál es? Estar en el centro de su voluntad. Los mayores no son tan amigos de los cambios como los jóvenes, que van en busca de aventuras, pero si el cambio es necesario, hazlo ya. Siempre tomada de la mano de Dios. Renovarse es vivir.

3. Prolongación en los nietos

Antes de abrir los ojos, supe que estaba lloviendo. La lluvia siempre me entristece, pero hoy estoy contenta. Mis hijos están en casa. Bueno, no todos, pero sí algunos de ellos. Tendré que levantarme sigilosamente para hacer el café.

Hoy es el cincuentenario de nuestra iglesia, y estamos de grandes festejos. Estoy cansada. Han sido muchas emociones, pero soy feliz. “Cincuenta años”, me digo, mientras me pongo el salto de cama para ir a la cocina. Una etapa, un hito, un momento bueno para recordar. Un ayer, rubricado por el hoy que me apura. El café debe estar preparado enseguida. Además debo despertar a todos. La hora de la fiesta se aproxima.

Está oscuro en el comedor; sobre la mesa está el cuadro que me trajeron ayer. Lo tomo entre mis manos y lo miro. Es todo hecho de cariño: la pintura de Anne, el marco que preparó Cacho, y el motivo. Todo me conmueve y llegan los recuerdos...

Mi abuela era valdense, como la mujer del cuadro. Sólo que ésta lleva el traje típico de los valles del Piamonte. Y yo a mi abuela la conocí con un gran delantal sobre su vestido negro. ¡Ah!, pero tienen algo en común: una Biblia en la mano. Eso sí es familiar para mi infancia. Es el primer contacto con el Libro. Es el hilo invisible que comunica a las generaciones. Mi abuela valdense, su fe puesta en Cristo, es lo primero que marcará para el futuro. Cuando yo era niña le tenía temor a mi abuela. Me parecía severa; ahora sé que era justa y que me amaba, a través de las tisanas que no me gustaban y que me hacía tomar cuando estaba enferma. Era valiente y sostenía sus convicciones. Sé que tuvo muchas discusiones doctrinales. Tenía el cabello blanco, como yo ahora, y de pronto me acuerdo que yo también tengo nietas. ¿Cómo me recordarán ellas? Siento un enorme deseo de abrazarlas y que me vean con una Biblia en la mano. Pero no están cerca de mí. Las abrazo con mis pensamientos.

Es excitante pensar que somos eslabones de una gran cadena que se pierde en la noche de los tiempos. Esto parece muy vago, y sin embargo es muy concreto. Aquí estamos, tú y yo en este tiempo, hoy. Somos personas que viven, sienten, sufren y se regocijan. Ciertamente ya nuestro carácter está moldeado para bien o para mal. Si tú eres abuela, piensa qué ven tus nietas en ti. Dulzura, disponibilidad, tiempo de escuchar, brazos acogedores, palabras de sabiduría... ¿Sabes que ser abuela es una misión importantísima ineludible de la edad adulta? Si no tienes nietos propios, no importa. Tú eres una abuela, y eso dice algo. Conozco mujeres que se hacen llamar con cualquier apelativo por sus nietos. “No”, me han dicho, “a mí no me llaman abuela. Eso avejenta”. Querida amiga, el paso del tiempo es ineludible y, lo aceptes o no, cierto día

más tarde o más temprano llegarán los nietos. Y hay abuelas jóvenes y lindas que todavía están lejos de la tercera edad. Los nietos nunca hacen envejecer; por el contrario, rejuvenecen y nos hacen vivir experiencias nuevas y frescas cada día. Pero piensa en 2 Timoteo 1:5: “Traigo a la memoria la fe no fingida que habitó primero en tu abuela Loida.” Eso es algo vital. Debes tener esa clase de fe, vivirla para que tus nietos beban de ella y se transmita hacia ellos. La fe no fingida de una abuela creyente: la mejor herencia que les puedes dejar. Te comparto una poesía para mi primera nieta.

**BIENVENIDA
(PARA LETICIA)**

*Ya nada será igual.
Llegó la nieta
y su varita mágica al tocarnos
nos cambió de lugar
en la cadena
de eslabones de vida que formamos.*

*Yo pasé a ser abuela,
mi hija, madre.
Mi madre viejecita,
bisabuela feliz con el retoño
que llega con la fresca primavera.*

*El ramo de mis hijos
son los tíos,
felices de regalos y de mimos,
y otra abuela comparte este cariño
por la vía del padre
de esta niña.*

*Todos somos felices.
El abuelo de los ojos azules
me ha mirado con cómplice sonrisa
ante el regalo
que la vida gentil
nos ha brindado.*

*Mientras haya familia
que te albergue,
tú serás muy feliz, nietita mía;
Dios desde el cielo
juntará los cabos,
De todas las edades compartidas.*

4. Actitud frente a la vida

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” Fil. 4:13.

Nuestra generación ha sido, creo, la más fracturada de la historia. A partir de la segunda guerra mundial, los cambios se sucedieron de una manera vertiginosa como si un gigantesco reloj de arena hubiera echado a andar, y el tiempo tuviera prisa.

Del “Ford T” llegamos a los veloces autos de hoy que cada día se perfeccionan en técnica y confort. Asistimos absortos al nacimiento de la televisión, pasando por todas las gamas del progreso en las comunicaciones, sin mencionar las computadoras. El hombre llegó a la luna; las pautas de educación tradicional se quebraron y presenciamos la protesta, la rebelión en el vestir, la inseguridad y el desamparo que llevó a los jóvenes a la droga y a la violencia. Subieron y cayeron gobiernos en todos los países. Hubo cambios drásticos a nivel mundial. Cayó el sistema de opresión del comunismo y un nuevo orden se asoma en el horizonte mundial.

¿Qué piensas tú, querida amiga, a quien le ha tocado vivir todo esto como a mí?

Somos personas creadas a la imagen de Dios, y déjame decirte que todos los cambios exteriores que se producen nada pueden hacer contra la armonía interior de quien conoce a Jesús. Ciertamente los hijos de Dios somos afortunados; hablo de las personas que han tenido un encuentro con Cristo y le han dado cabida en su corazón, mediante la fe. En ellos el gran cambio ha sido efectuado y han sido transformados en nuevas criaturas, por un milagro sin igual. Nacer de nuevo. Tenemos el equilibrio de Dios en un mundo desequilibrado y no sé si eres consciente de la tremenda importancia que ello tiene.

Satanás quiere desorganizar todo lo que Dios ordenó. Por eso fractura familias, relaciones, gobiernos, iglesias, educación, salud y todo aquello en que nos apoyamos inconscientemente. Por eso tenemos como cristianos la responsabilidad de hacer una cadena de solidaridad con el prójimo. Tomarnos de Dios y alcanzar al mundo desorientado en la persona de aquellos que nos rodean. Uno a uno para que todos sean salvos. Esa es nuestra meta.

No te encierres en el castillo del egoísmo; no desenchufes tus sentidos del medio que te rodea. Mantente alerta. No te dejes vencer por la indiferencia. Eso será vida para tu edad madura. ¡Hay tanto para hacer y el tiempo es tan corto! Empieza ahora. Piensa. Toma una persona que tú conoces y ponte a orar. Luego ámala. Después entra en contacto vital con ella; escúchala, ¡es

importante! en este mundo sordo. Y por último transmítele el mensaje que tú tienes en el corazón.

En esta guerra espiritual no hay treguas, ni relevos, ni vacaciones, si estamos todavía en el desordenado mundo en que vivimos es porque el Señor nos necesita.

Tú eres útil, única, imprescindible. No defraudes a tu Señor diciendo: “ya soy mayor”. Después de todo, ¿no te das cuenta de lo joven que eres frente a la eternidad de Dios?

5. Disponibilidad

Mi tía Esther tiene 75 años y está cuidando a todo tiempo a su hermano, que tiene 85 y no puede valerse solo. Y cuando digo a todo tiempo, es así. Continuamente. Atención a su cuerpo, lavado, comida, medicamentos, comodidad del paciente, todo cae bajo su control. Y tú me dirás: “Bueno, a todos nos suele pasar. Son circunstancias de la vida, etc., etc.”, y yo te contaré algo o mucho de mi tía Esther.

Si las personas tuviéramos una etiqueta, yo le pondría a ella: **Disponibilidad**. Porque es la palabra que mejor la describe. Ciertamente ella está siempre dispuesta a todo con una sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

Su vida fue y es un servicio continuo. Enfermera de vocación y sin estudios ni títulos, aprendió en la dura experiencia de cuidar diez años a su mamá paralítica, y luego a tres hermanos que tuvieron largos períodos de enfermedad. Y yo sé que tú estás pensando: “¡pobre mujer!”, y te la imaginas agobiada, pero ¡qué lejos de la realidad estás!

Ella es una persona que se interesa por todo, una bella planta, un dulce casero, un sobrino nieto que ha terminado sus estudios, una persona que tiene una necesidad. Porque al margen de sus propios problemas, ella toma los problemas de los que la rodean y alivia las cargas de los demás. ¿Hay que cuidar a una vecina enferma? Esther está lista. ¿Hay que coser ropa en el Hogar de Ancianos? ¿Hay que hacer engorrosos trámites para una amiga, víctima de un mal fatal, que quiere volverse a su país de origen para morir allí? Pues mi tía hasta copió un documento, palabra por palabra, en el difícil idioma de su amiga para conseguir su pasaporte.

Disponibilidad implica servicio, y ella lo ha practicado a lo largo de su prolongada vida. ¡Quién no la conoce, y quién no le ha pedido ayuda alguna vez! El Señor está en su corazón y la sostiene. No es una muchacha, y tiene sus

propios males, pero no los menciona. Y ¿sabes? Siempre me da la impresión de que continuamente piensa en mí y en todos los demás.

Mujer mayor, la salud frágil a veces, y la tentación de mirarse a uno mismo todo el tiempo y ver nuestra debilidad.

Pero el Señor es misericordioso. Recuerda a la suegra del apóstol Pedro (Luc. 4:38, 39). Estaba enferma con mucha fiebre en cama, y Jesús tuvo misericordia y la sanó. Entonces nos narra el Evangelio que se levantó ***al instante*** y les servía. Expresó su gratitud en servicio y ¿no es verdad que es la mejor manera de hacerlo? Y si no puedes hacer otra cosa, alza tu oración intercesora a favor de tus amigos y conocidos que lo necesitan urgentemente; esto es de mucho valor a los ojos de Dios. Arrebata al Señor sus bendiciones para los demás y te sentirás colaboradora de él.

No te aisles, no temas gastar tus energías. Da y te será dado. Este es un principio vital del evangelio que se puede practicar a cualquier edad. Es el principio que descubrió mi tía Esther hace mucho tiempo y que la conserva maravillosamente joven de espíritu.

“Por tanto no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”,
2 Cor. 4:16.

6. Experiencia

Piensa en los eruditos que escriben esos “pesados” tratados sobre alguna ciencia particular. Ellos deben pasar años investigando y recolectando datos e información para avalar su conocimiento.

Ahora mírate a ti misma como esa ***erudita***. ¿Que no puede ser, dices? ¡Veamos! Durante toda tu vida estuviste recolectando información, datos, experiencias, ¡sabiduría! Cursaste muchos años en la universidad de la vida. Puedes ostentar muchos títulos (esposa, madre, abuela, etc.).

Esa experiencia acumulada es una riqueza invaluable. Es algo que lograste a través de muchos años. Eres una persona sabia.

Piensa en las muchas veces que has dicho a tus hijos: “Ten cuidado; a mí me pasó algo similar.”

Ahora viene mi pregunta: ¿Qué vas a hacer con esta riqueza? La sabiduría es para compartirla. No puedes decir “Yo ya no” o “Mejor que eso lo haga alguien más joven”. Recuerda:

¡Tú sabes! ¡Tú tienes experiencia!

7. Consejos

He estado pensando en eso de la “*tercera edad*” y decididamente no me gusta el nombre. Me siento como si fuera partícipe de una de las edades del planeta. Edad de piedra, prehistórica o de bronce, etc. Yo más bien le llamaría *una etapa más* de la vida.

La vida es continua, y yo soy la misma persona de siempre. Mi identidad está en mí desde la cuna y a medida que voy viviendo saboreo cada momento distinto del camino. No me gustan los cortes. ¿Por qué los mayores no han de convivir con los jóvenes o los niños? Me gustan esas tribus antiguas o esas familias donde la abuela era depositaria de toda la sabiduría sin excepción, y a quien se podía acudir en caso de necesidad. Los sentidos disminuidos o el paso más cansino no implican necedad o fastidio. Sí significan sabiduría y medicina para quien es más joven e inexperto. Pienso que Dios puso en el mundo personas de toda edad para compensarse, y si vamos a la Biblia vemos esto claramente registrado en el caso de nosotras, las mujeres (Tito. 2: 3-5). Dice el escritor, “que las mujeres mayores (*las ancianas*), sean... maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes...”, y aquí viene una serie de consejos que indudablemente son frutos de la experiencia de la vida.

Pero las mujeres jóvenes no irán en busca de consejo con una mujer agria, resentida o amargada. No lo esperes. Ellas correrán a buscarlo de quien lleve las marcas de la templanza y la dulzura. No puedo menos que recordar a Noemí, la del relato bíblico. Vamos a ver, ¿qué tendría Noemí para que sus nueras quisieran seguirla en su regreso a su ciudad de Belén? La palabra de Dios nos dice, en primer lugar, que era una mujer desamparada por la muerte de todos los varones de la familia, y luego ella misma pide que la llamen “Mará”, que significa amarga, en lugar de su propio nombre Noemí, que es “placentera”. Sin embargo, afligida y triste, Noemí no pierde la esencia de su ser — el amor — y cuida y protege a Rut, la nuera que decidió ir con ella. Vemos cómo su consejo oportuno y obedecido por la joven logra buenos frutos y Rut consigue un lugar de privilegio en Israel; de esta manera llega a ser ascendiente del rey David. Vemos en Rut. 3: 1-4 las instrucciones de la suegra, y en el versículo 5 la obediencia de la nuera: “Haré todo lo que tú me mandes.”

Es casi seguro que como mujer mayor, tienes en tu haber momentos tristes, de dificultad, pérdidas dolorosas como las de Noemí, o recuerdos que te lastiman. La pregunta es: ¿estás conectada profundamente con Cristo, la fuente del perfecto amor? Si es así, tú eres una mujer capacitada para dar consejos prudentes y sabios a las chicas jóvenes que te los pidan, o a quienes veas en dificultad.

Dar un consejo no significa ser cargosas o entrometidas en la vida ajena. Significa estar atentas a las necesidades de los demás y acudir en el tiempo de ayuda.

8. Resumiendo...

Querida mujer madura, te doy un espejo. Mírate en él; es la Palabra de Dios. En esta altura de la vida ya habrás comprendido su valor y su riqueza, y si no es así, entonces detente y repasemos los puntos que hemos estado tratando.

La vida, aun en tu presente, tiene maravillosas oportunidades. No las dejes pasar... no se repetirán. El Sal. 37: 5 tiene vigencia. “Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará.”

El Señor te dará oportunidades para aprovechar si estás atenta. Las personas mayores son propensas a mirar hacia adentro y aislarse del mundo exterior, pensando en sus achaques o sus propios males. No caigas en la trampa. Vive con esperanza. *Espera cada día al Señor* como si fuera el día de su venida; esto te mantendrá expectante y te hará sentir parte del plan de Dios.

Desde luego que si lo haces recorrerás el camino **tomada de su mano**. No mires lo que pasó con nostalgia o pensando que el tiempo pasado fue mejor. Piénsate hoy, fuertemente agarrada al Señor y estarás en disposición de enfrentar los recodos que se te presenten en el camino.

Ahora sí estarás en condiciones de ser una mujer útil. ¿Cómo? Con una **influencia positiva** en la vida de **tus descendientes**, tus nietos (si los tienes), o los jóvenes que te rodean. Las huellas que se dejan en los primeros años de la vida son indelebles. Sé sabia. Aprovecha a dejarles algo de tu riqueza espiritual.

Recuerda lo que hablamos de la **actitud frente a la vida**. Y ahora, amplía tu panorama. Sal de tu hogar y mira las necesidades que hay alrededor de ti y las oportunidades de servicio que eso implica. Entra en contacto con las personas; sé amigable. Transmíteles el mensaje que tú tienes, de reconciliación por medio de Cristo. Y si no puedes hacer esto, o aun si lo haces, ora, ora en todo tiempo, y que tu intercesión sea escuchada en el cielo. En una palabra, y resumiendo, **sé una persona disponible** en todo lo que esté a tu alcance.

¿Que tú eres mayor? ¿Y eso qué importa? Hay promesas; tómate de ellas. El Sal. 92:14, 15 dice de los justos “que aun en su vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes, para anunciar que Jehová mi fortaleza es recto, y que en él no hay injusticia.”

Saca provecho de tus años. Recuerda que durante todos ellos has amontonado **experiencia**.

Entonces las mujeres jóvenes vendrán a ti **buscando consejo**, y estarás en condiciones de brindarlos porque tú no serás una anciana gruñona y amargada sino, por sobre todas las cosas, una mujer de Dios.

“No hay edad para servir al Señor.”

Para discutir en grupo

- 1.** ¿Estás aprovechando en tu lugar y tiempo las maravillosas oportunidades de Dios? Haz una lista de algunas en tu vida.
- 2.** ¿Enfrentas los cambios lógicos: familia, vivienda, compañero, inclusión de yernos y nueras, tomada de la mano de Dios?
- 3.** ¿Puedes mencionar algún aspecto concreto en que has sido o eres influencia para tus nietos?
- 4.** Haz una lista de cinco cosas que has aprendido con el correr de los años.
- 5.** ¿Estás disponible para realizar lo que el Señor te demanda ahora, trabajo, oración intercesora, consejos a la mujer joven?
- 6.** Piensa en una persona joven de tu iglesia a la que quisieras ayudar en particular. Escribe su nombre y ora por ella. Luego pide al Señor que te muestre la mejor manera de ayudarla.